

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

SS

EL ASESINO
RECIBE
A LAS OCHO

*Clark
Carrados*





SERVICIO SECRETO



ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.821 — El tesoro de Matt Long.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.677 — Luto por una rubia tonta.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

1.658 — Sed de odio, sed de sangre.

En Colección CALIFORNIA:

812 — Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

1.030 — Derrota y victoria.

En Colección BRAVO OESTE:

636 — Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818 — Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138 — Contratados para morir.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

66 — Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

1.073 — Traficante de vidas.

En Colección COLORADO:

1.069 — Unidos por el odio.

CLARK CARRADOS

**EL ASESINO
RECIBE A
LAS OCHO**

Colección SERVICIO SECRETO n.º 1.686
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84 02-02513 7

Depósito legal: B. 33.322-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: noviembre, 1982

2.^a edición en América: mayo, 1983

© Clark Carrados - 1982

texto

© Bernal - 1982

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA,
S. A. Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets
del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1982

CAPÍTULO PRIMERO

EL hombre estaba sentado junto a la hermosa joven rubia, no lejos del borde de la piscina, tomando el sol y con los ojos cubiertos por unas gafas de color. Había gente nadando en el enorme recipiente y muchos otros tomando también el sol a la sombra de los grandes parasoles, consumiendo bebidas apropiadas a la estación.

La piscina era de un club muy elegante y selecto, pertenecer al cual era signo indudable de distinción. La joven rubia se sentía poco menos que en el cielo, ya que su acompañante la había invitado a pasar allí una estupenda velada, disfrutando del sol y de la frescura del agua de la piscina, constantemente renovada mediante el aporte de una cascada artificial, situada en uno de los extremos y que prestaba al lugar un cierto encanto de ambiente natural, acentuado por los árboles, principalmente palmeras, con los que se adornaba el extenso trozo de jardín situado en aquel lugar del recinto.

La rubia sabía lo que se requeriría más tarde de ella. A mediodía, almorzarían en el elegante comedor del club. Luego, él la invitaría a tomar una copa a su casa y...

Aparte de todo, su acompañante era un hombre apuesto, realmente encantador, con un encanto personal difícilmente igualable. Era joven, pero ya tenía algunas canas en las sienes, lo que le proporcionaba un innegable atractivo de galán en la plenitud de su existencia, no un muchacho adolescente, pero tampoco un cincuentón. Y, además, tenía una apostura física realmente envidiable.

De pronto, el hombre se incorporó sobre un codo.

—Perdona, querida, tengo que ir al lavabo —soltó una risita—. La cerveza, ya te puedes figurar.

—Claro, claro, no te preocupes —contestó ella.

El galán se puso en pie. Pareció notar la falta de algo.

—Vaya, además, olvidé el encendedor... Debe de estar en el vestuario... Vuelvo enseguida, preciosa.

—Entonces, nos bañaremos juntos —dijo la rubia.

—Desde luego.

En los aseos, había un hombre que se estaba lavando las manos. Alguien se le acercó por detrás.

El sujeto que se lavaba las manos, se estremeció bruscamente. Algo le tapó la boca, a la vez que sentía un terrible frío en el centro de la espalda. Sus ojos se dilataron horriblemente. A través del espejo, pudo ver un instante el rostro del hombre que le había clavado en el corazón un estilete tan fino como una aguja.

Luego, sus piernas se doblaron y los párpados cayeron sobre las pupilas. La víctima ya no se enteró siquiera de que era arrastrado hasta uno de los cubículos, en donde su asesino lo dejó sentado, sobre el inodoro con la espalda apoyada en la pared.

La cabeza pendía sobre su pecho, pero el asesino procuró que la espalda quedase en el ángulo necesario, para que el muerto continuase sentado mucho rato. Al terminar, asomó la cabeza fuera del cubículo.

No había nadie en el exterior. Corrió al lavabo y limpió rápidamente la poca sangre que había en la hoja de acero del estilete. Llevaba al hombro una gran toalla de baño y metió el arma en uno de los dobleces. En aquel instante entró un individuo.

El recién llegado saludó con una inclinación de cabeza. El asesino correspondió con un gesto análogo y una sonrisa. Tranquilamente, terminó de lavarse las manos y luego se las secó en su propia toalla.

—No me gusta usar el secador de aire caliente, descalzo y con los pies húmedos —dijo, a guisa de disculpa.

—Son aparatos muy seguros —contestó el otro.

—Trabajan por electricidad. Uno nunca sabe...

—Sí, desde luego.

Ya no hubo más. El asesino abandonó los lavabos.

Más tarde, se produjo un enorme alboroto en el club. La rubia

miró intrigada a su apuesto acompañante.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

El galán estaba tendido en el suelo, con los ojos tapados por los lentes de color.

—Pregunta a un camarero —aconsejó.

Un camarero pasó a los pocos momentos. Cuando ella le preguntó, repuso:

—Han encontrado a un hombre muerto en los lavabos. Parece que se trata de un asesinato...

La rubia lanzó un chillido de espanto. Su acompañante se sentó.

—¿Un asesinato? —repitió, indignado—. Esto no dará fama al club, ciertamente.

—Oh, querido —dijo ella—. ¿Qué vamos a hacer?

—Nada. Vendrá la policía, nos interrogará... Es lo lógico en estos casos. Han dicho un hombre muerto, ¿verdad?

—Sí, eso he oído.

—Entonces, ha sido en los lavabos de caballeros —rio el galán—. A ti no te toca para nada, preciosidad.

Aquella misma noche, el asesino estaba sentado en el banco de un parque público. Alguien vino poco más tarde y le entregó un paquete de pequeñas dimensiones.

—Aquí tiene lo convenido —dijo el otro—. Cuente...

—No hace falta —respondió el asesino—. Confío en su palabra y sé que no me engañará.

—¿Qué pasaría si, cuando abra el paquete en su casa, se encontrase con que solo contiene recortes de periódicos?

Los dientes del asesino brillaron cuando este emitió una perversa sonrisa en la oscuridad.

—Usted no disfrutaría de la fortuna de su hermano —contestó.

* * *

Ken Lark consultó el reloj y vio que tenía tiempo de sobra. Se preguntó por qué aquella hermosa mujer le había citado en semejante lugar. No parecía demasiado elegante, aunque tampoco era como para entrar en él con traje de astronauta, se dijo.

Buscó un reservado y pidió una cerveza. Había una mesa en el centro y un diván con ángulos que cubría tres lados del reservado. Lark se sentó en uno de los ángulos.

El tiempo empezó a pasar. Lark se sintió acometido por una dulce somnolencia. Fuera, en la calle, hacía mucho calor y en aquel bar el acondicionador de aire no funcionaba demasiado bien.

Recostó la cabeza contra el respaldo del asiento, en el punto donde hacía ángulo. El tabique quedaba así a menos de diez centímetros de su oreja derecha.

De pronto, oyó ruido de copas. Una voz femenina dijo:

—¿Es usted el señor EQUIS?

—Sí, el mismo —contestó un hombre.

Lark alzó las cejas. La mujer había pronunciado la palabra X, pero no como una sola letra, sino deletreándola por completo, en una descripción fonética de su morfología. ¿Por qué?

—Me han dicho... —ella titubeó—. Bueno, tengo un problema...

—Sé cuál es su problema, señora —respondió el hombre—. Voy a serle brutalmente franco. Cincuenta mil dólares.

—¿Cincuenta mil! —se espantó la mujer.

—Ni un centavo menos, señora.

—Te... tengo entendido que... hay quien lo hace por mucho menos, se... señor EQUIS.

—Sí, casi gratis —respondió el hombre despreciativamente—. Pero esos detestables aficionados tienen la desventaja de lo barato: a la larga, resulta caro. Caro, en años de cárcel, quiero decir, porque lo hacen tan mal, que acaban siendo descubiertos.

—¿Y a usted no le descubrirán?

—Señora, no es por halagarme, pero podría citarle una docena de casos que he solucionado felizmente para mis clientes, quienes, en estos momentos, se sienten muy satisfechos de haber contratado mis servicios. Usted dirá lo mismo dentro de muy poco tiempo.

—¿Cuándo? —preguntó ella ávidamente.

—Nunca se puede asegurar una fecha fija... Dos semanas, tal vez un mes... El asunto exige una preparación minuciosa. A veces, aunque no siempre, claro, se puede solucionar en un par de días...

—Cuanto antes, mejor —dijo la mujer, evidentemente muy nerviosa.

—Señora, no puedo adelantarle una fecha exacta, ni siquiera en el supuesto de que se ofreciese a pagarme el doble. ¿De qué me serviría el dinero, si luego iba a parar a la cárcel? Prefiero que me pague lo convenido y le aseguro que la operación se realizará con

toda suerte de garantías para ambos.

—Cincuenta mil... —se lamentó ella.

—Puede buscar a otro, ya se lo he dicho. En tal caso, váyase tranquila, no diré nada a nadie; la discreción es mi norma. Pero no pasarán dos meses, sin que lea en los periódicos la noticia de su arresto, acusada de conspiración para... Bueno, imagínese, señora; no me obligue a pronunciar una palabra tan desagradable.

—De acuerdo —se rindió la mujer—. Tendrá su dinero, señor EQUIS.

—Voy a hacerle una advertencia. Usted podrá reunir esa suma antes de una semana del fin de la operación. Siete días más tarde, la llamaré a usted, indicándole dónde puede reunirse conmigo, para entregarme el dinero. Si no lo hace así, créame, haría otra operación, enteramente gratuita. Me ha comprendido usted, ¿verdad?

—Sí, desde luego. Le pagaré, se lo aseguro.

—Y ahora, por favor, deme el nombre... aunque ya me imagino de quién se trata. Pegue los labios a mi oreja, tenga la bondad.

Lark se sentía pasmado e indignado a un tiempo. Allí, a dos pasos de distancia, se estaba tramando el asesinato de una persona, contratando a un asesino profesional por dinero... ¿Y no iba a hacer nada para impedirlo?

Volvió a consultar el reloj. La dama con la cual estaba citado, ya no acudiría, se dijo, y no demasiado frustrado.

Miró hacia su derecha. El tabique, de madera, tenía una delgada grieta, a través de la cual había captado la conversación. La hendidura, sin embargo, no era lo suficientemente ancha para permitirle ver lo que había al otro lado.

Inmediatamente, se puso en pie y dejó un billete sobre el mostrador. Salió del reservado y se encaminó hacia el contiguo. Al fondo pudo ver a una mujer que, le pareció de cierta edad y que ya se disponía a abandonar el local.

¿Era la que había contratado al asesino?

Ella tenía el cabello rubio ceniciento. Tal vez trataba de ocultar ya algunas canas con el tinte. Le pareció de figura un tanto llena. Un detalle llamó su atención: llevaba un zapato ortopédico, cosa que se notaba en el tacón, aunque no apenas en su andar.

Lark se dijo que tendría tiempo de alcanzarla. Abrió la puerta

del otro reservado y lo vio vacío.

Alguien se le acercó por detrás.

—¿Desea algo, señor? —preguntó un camarero cortésmente.

Lark dudó un momento.

—No —dijo al cabo—. No quiero nada, muchas gracias.

—Como guste, señor.

Lark volvió a meditar. Al fin, se acercó al mostrador.

Esperó un momento. El barman hablaba con el camarero que había tratado de atenderle.

—Lo has hecho muy bien, Eddie —dijo el barman—. Pareces un camarero auténtico.

—Todavía no he terminado —contestó el otro jovialmente—. Ese tipo tiene que venir por aquí y necesito vigilar sus pasos...

«Debe de ser un policía disfrazado», pensó Lark.

El barman se acercó en aquel instante.

—¿Señor?

Lark sacó un billete de dos dólares.

—Aquella dama, la que ha salido hace unos momentos... ¿Es la señora Helen Rattigan? Se trata de una buena amiga mía, a la que no veo hace tiempo...

—Lo siento, señor, no tengo el gusto de conocerla. Es la primera vez que viene a mi local.

—Gracias, amigo.

Lark se lanzó hacia la salida. El barman volvió junto al camarero.

—¿Qué te preguntó el tipo? —quiso saber el camarero.

—Decía que aquella fulana era conocida suya... una tal Helen Rattigan. ¿La conoces tú?

—No, nunca la he visto, Eddie.

En la calle, Lark miraba a derecha e izquierda, terriblemente frustrado. La mujer que había contratado un crimen se había perdido de vista.

CAPÍTULO II

TREMENDAMENTE disgustado, regresó al hotel en que se alojaba. No sabía qué hacer. Si acudía a la policía, pensó, podían tomarle por un chiflado más de los que, seguramente, iban cada día a denunciar delitos que solo existían en sus mentes perturbadas.

Pero si no hacía nada tampoco, alguien podía morir...

Y el asesino, ¿dónde se había metido después de la conversación? ¿Cómo había podido desaparecer tan misteriosamente?

El teléfono sonó en aquel momento. Lark lo levantó de mala gana. Una voz de mujer le lanzó en el acto un torrente de reproches. Al cabo de unos momentos, Lark consiguió entender que la mujer se había pasado la mayor parte de la tarde, esperándole inútilmente.

—Pero yo acudí al Black Snake —protestó él—. Tú me diste el nombre de ese local y fui allí unos minutos antes de la hora convenida...

—¡Dios mío! —se lamentó ella—. Te dije el Black Sack, Ken. Sin duda, me entendiste mal.

—Sin duda, eso fue —admitió él. La chica ceceaba un tanto al hablar y en ocasiones, hasta se comía algunas letras, lo que explicaba fácilmente la confusión—. En fin, para quitarte el enojo, te invitaré a cenar en el lugar que elijas tú misma.

—Aguárdame ahí, en el hotel. Llegaré en un taxi, dentro de diez minutos. Procura estar en la puerta, Ken.

—Descuida, encanto.

Lark colgó el teléfono. Por un momento, pensó en la conversación que había escuchado en el reservado del Black Snake.

Luego se encogió de hombros.

Tenía tiempo. Aquella noche, no se cometería ningún asesinato... y la chica con la que estaba citado, merecía la pena en todos los sentidos.

Dos horas más tarde, la chica se reclinó en su asiento, satisfecha.

—¿Y ahora, Ken?

—Estoy a tu disposición, Ellie May —contestó él.

—Podríamos tomar una copa en mi apartamento —sugirió la chica.

Era lo que estaba aguardando, sonrió Lark.

—Encantado —accedió. Y levantó la mano para llamar al camarero y pedirle la cuenta, pero se quedó en aquella postura, rígido como una estatua.

—Ken, tienes un tono de piel realmente adorable —dijo Ellie May—. ¿Cómo lo consigues? ¿Usas algún bronceador especial?

Lark no contestó. La mujer del zapato ortopédico salía en aquel momento del restaurante, acompañada de un hombre de su edad, aproximadamente.

Era una casualidad que no pensaba desperdiciar. Apresuradamente, dejó unos billetes sobre la mesa y se puso en pie.

—Lo siento —se disculpó—. Tomaremos la copa otro día.

Y echó a correr.

Ellie May se quedó con la boca abierta.

—El muy estúpido... He perdido la tarde entera por su culpa y ahora no sé qué diablos voy a hacer...

En la puerta del restaurante, Lark vio un taxi que pasaba junto a la acera e hizo señas al conductor para que se detuviera. Se metió de un salto y puso un billete de veinte dólares en el asiento delantero.

—Siga a ese coche de color verde oscuro que va delante —ordenó—. Procure no ser notado, por favor.

—Descuide, jefe.

El taxi arrancó de nuevo. Media hora más tarde, Lark vio detenerse al otro coche ante la entrada de una mansión, circundada por una verja de hierro, cuya puerta se abría eléctricamente, sin duda mediante una señal de radio. El taxista detuvo su coche un poco más adelante.

—¿Satisfecho, señor? —preguntó.

—Sí. ¿Quién vive ahí, por favor?

—No lo sé. He pasado algunas veces por aquí, pero...

Lark le entregó otro billete.

—Me llamo Ken Lark y estoy hospedado en el Imperial —dijo—. Procure enterarse del nombre del dueño de la casa y de las dos personas que acaban de entrar.

—No soy un detective privado... pero lo intentaré, señor. A propósito, Joe Dickiss es mi nombre, señor Lark.

—Encantado, Joe. Volvamos al hotel, ¿quiere?

—Bien, señor.

* * *

Dickiss le llamó a la mañana siguiente.

—Señor Lark, tengo información para usted —dijo.

—Adelante, Joe, le escucho.

—No hay dueño de aquella casa, sino dueña, la señorita Carol Tracy. Las dos personas que entraron eran sus tíos Fulton y Abigail, ella hermana de la difunta madre de la señorita Carol.

—¿Viven con ella?

—No, señor, pero si quiere que me entere...

—Tendrá veinte dólares más, Joe. Óigame, ¿a qué se dedica la señorita Tracy?

Dickiss soltó una risita.

—Tiene mucho dinero, señor Lark —contestó maliciosamente.

—Comprendo. Gracias, Joe.

Dickiss había actuado con rapidez, se dijo Lark. Consultó el reloj y se llevó las manos a la cabeza.

—Dios mío, como me descuide, llegaré tarde...

Tenía que asistir a un juicio como testigo y su declaración podía ser vital para el acusado. Pidió un taxi desde su habitación y se lanzó hacia la puerta inmediatamente.

Treinta minutos más tarde, se disponía a prestar declaración en el estrado de los testigos. Después, el fiscal le hizo unas cuantas preguntas, a las que Lark contestó con gran serenidad.

—Está usted muy seguro de lo que ha dicho, señor Lark —manifestó el fiscal—. Pero, todo el mundo, y sobre todo el jurado, han podido enterarse de las pruebas tan abrumadoras que hay contra el acusado. Y usted, sin embargo, insiste en su inocencia.

—Es que es inocente —respondió el joven.

—Vamos, usted va a decir ahora que el acusado estaba con usted en el momento de cometerse el crimen... Sus huellas, sus pisadas, el arma con la que se cometió el crimen... los motivos que tenía para matar a la víctima... ¿Pretende acaso, hacernos comulgar con ruedas de molino?

—Las ruedas de molino son las pruebas que usted ha conseguido —dijo Lark punzantemente—. El acusado estuvo en aquella casa en multitud de ocasiones, con lo que resulta lógico que se encontraran sus huellas, tanto dactilares como de sus pisadas. En cuanto al arma, bien pudieron robársela de su despacho; no es la primera vez que sucede una cosa semejante.

—Señor Lark, en interés de la justicia le estoy permitiendo que haga una serie de afirmaciones que no deberían ser toleradas en este tribunal —dijo el fiscal—. Todo lo que usted ha tratado de rebatir debería haber correspondido al defensor del acusado.

—¿Y qué culpa tengo yo, si el acusado tiene un defensor que parece una estatua de la isla de Pascua?

Estalló una carcajada general en la sala. Hasta los cristales de las ventanas retemblaron con las risas que había provocado la respuesta del joven. Incluso el juez que presidía la vista, tuvo que taparse la boca con una mano, para que no se le viera reír.

Al fin, se restableció el orden. El defensor se levantó para protestar.

—Aunque el testigo está declarando en favor de mi cliente, estimo improcedentes sus manifestaciones...

—Se acepta la protesta y las declaraciones del testigo no serán tenidas en cuenta —decretó el juez—. Continúe, señor fiscal.

—Bien —dijo el aludido—. Ya solo le haré una pregunta al testigo, muy sencilla por cierto: ¿En qué se basa para asegurar la inocencia del acusado?

—La respuesta es también muy sencilla —manifestó Lark, a la vez que sacaba algo de un bolsillo de su chaqueta—. El acusado estaba conmigo el día en que se cometió el crimen, como lo demuestra esta fotografía que nos hicimos, en la que constan la fecha y la hora en que se tomó... a cuatrocientas millas de esta ciudad.

Lark puso la fotografía en manos del fiscal, que parecía aturdido

por el inesperado giro que tomaban los acontecimientos. Antes de que el acusador público pudiera hablar, añadió:

—Esa fotografía es una prueba de la inocencia del procesado, a menos que acusen de falsificadora a una máquina automática de retratar que graba, además, la fecha y la hora.

Lark miró hacia el lugar donde se hallaba el acusado, un excelente amigo suyo, con el defensor y otro hombre, al que supuso ayudante o pasante del abogado. El segundo era un tipo apuesto, atlético, de unos treinta y cinco o cuarenta años, y vestido con sobria elegancia. A Lark le pareció que los ojos muy azules del ayudante le miraban con cierta malevolencia, aunque en sus labios pudo apreciar cierta sonrisa que indicaba satisfacción por un desenlace totalmente favorable al acusado.

A los pocos momentos, el juez, de acuerdo con el fiscal, decretó la libertad del procesado. Lark se levantó de su estrado.

En el mismo instante, percibió un movimiento entre el público.

Arqueó las cejas. Dickiss estaba allí y le señalaba discretamente con la mano a una persona.

Era una muchacha alta, espigada, de cabellos castaños y elegantemente vestida. Lark miró al taxista inquisitivamente. Dickiss repitió el ademán y movió la cabeza en sentido afirmativo.

Lark ya no quiso saber más y se lanzó a través de la sala. El acusado, ya declarado inocente, le salió al paso.

—Gracias, Ken...

—Ahora no puedo entretenerme, Henry —atajó el joven—, Cenaremos juntos a la noche.

—De acuerdo.

Lark empleó su poderosa musculatura para abrirse paso entre la multitud que tardaba en desalojar la sala. Dickiss se estiró un poco.

—Usa un deportivo blanco de dos plazas —indicó.

—Gracias, Joe. Nos veremos otro rato.

Lark consiguió salir a la calle. La joven estaba ya sentada tras el volante. Lark saltó al otro asiento, justo cuando el coche se ponía en marcha.

—Usted es Carol Tracy —dijo él.

La muchacha le miró fríamente.

—Tenga la bondad de salir de mi coche en el acto o llamaré a un guardia —contestó.

—Perdone, señorita Tracy; usted no me conoce y es lógico que desconfíe de mí, pero lo que voy a decirle es rigurosamente cierto... Quieren asesinarla, lo sé muy bien...

Carol agitó una mano.

—Policía, por favor —llamó a un agente que regulaba el tráfico en las inmediaciones del palacio de justicia.

El policía se acercó.

—Señora...

—Por favor, eche a este loco —rogó la muchacha—. Está molestándome.

—No hace falta que se enfade conmigo, ya me voy —dijo Lark, a la vez que abría la portezuela del coche—. Pero tenga en cuenta que lo que le he dicho es rigurosamente cierto.

—Vamos, despeje, amigo, o tendré que decírselo de otra manera —exclamó el guardia perentoriamente.

Carol arrancó en el acto. Lark quedó junto a la acera, con las manos en los costados.

—Pues aunque no te guste, tendrás que escucharme —murmuró. Una mano se apoyó en su hombro.

—No sé cómo darte las gracias, Ken —dijo Henry Stone, recién liberado.

Lark se volvió sonriendo hacia su amigo.

—¿Ya no te acordabas de la fotografía que nos hicimos juntos?

—Bueno, aquel día tenía una copa de más...

—Yo diría que eran media docena —rio el joven—. Una cosa me preocupa, sin embargo, Henry. ¿Por qué diablos, tu abogado, no sacó a relucir tu estancia en Tacoma durante las fechas en que se cometió el asesinato?

—Dijo que no servirían como pruebas...

—¿Seguro? ¿Qué clase de defensor te proporcionaste, Henry?

—Bueno, es uno de los mejores de la ciudad —se defendió Stone.

—Serán rumores —contestó el joven malignamente—. ¿Quién era el tipo que estaba a su lado? ¿Un pasante?

—No, un detective particular, Greg Shinner. Tiene una enorme reputación, ¿sabes? No hace mucho, descubrió al autor de un asesinato...

—La reputación de Shinner y la de tu abogado, las vendería yo

por cinco centavos y perdería dinero —dijo Lark con claro acento de desdén—. Mira que no saber averiguar una cosa tan sencilla... Si no se me ocurre a mí venir por iniciativa propia, a estas horas te han colgado del cuello una condena de cadena perpetua.

Stone frunció el ceño.

—Algo raro ha ocurrido en mi caso, pero no sé qué ha sido... Bien, ¿quedamos en cenar juntos esta noche, Ken?

Lark tendió la mirada hacia la ancha avenida por la cual había desaparecido el coche blanco.

—No puedo asegurarte nada —contestó—. En todo caso, te llamare por teléfono.

—Como quieras, Ken. Tengo que demostrarte mi agradecimiento y me gustaría hacerlo con algo más que meras palabras.

En aquel momento, Lark vio a Dickiss que aguardaba a poca distancia, con la portezuela trasera de su coche invitadoramente abierta.

—Volveremos a vernos, Henry —se despidió.

—La chica se habrá vuelto a su casa —dijo Dickiss, cuando el joven se hubo acomodado en el asiento posterior.

—Muy bien, vamos allá, Joe.

Minutos más tarde, llegaban a las inmediaciones de la residencia de Carol. Lark apreció la extensión del jardín, en el que había docenas de árboles de gran frondosidad, algunos con una altura superior a los veinte metros.

De pronto, vio un enorme abeto en cuyos ramajes se apreciaban unas manchas que él conocía muy bien.

—Es suficiente, Joe; volvamos al hotel —dijo.

CAPÍTULO III

A la mañana siguiente, muy temprano, una doncella oyó el timbre de la verja y se asomó a una ventana para ver al hombre que llamaba desde la calle.

—Servicio de Sanidad Forestal —dijo Lark sin pestañear—. Hay un árbol enfermo y debemos derribarlo antes de que se contagie a los demás.

—Muy bien, pase —dijo la sirvienta.

Presionó una tecla y la puerta eléctrica se abrió silenciosamente. Lark, vestido con tejanos y camisa a cuadros, avanzó a lo largo del sendero central del jardín, llevando al hombro un hacha de descomunales dimensiones.

—Avisaré a la señorita... —manifestó la criada.

—No la moleste, guapa; déjela que siga durmiendo.

—Aquí nadie nos hemos dado cuenta de que hubiera un árbol enfermo.

Lark señaló el abeto que se encontraba en las inmediaciones del costado izquierdo de la casa.

—Parece que no tenga nada, pero antes de un año, los demás árboles estarían contagiados y al año siguiente, este jardín sería un páramo —contestó.

—¡Qué horror! Con lo bonito que es este jardín...

—Sí, sería una lástima. Con su permiso, chica.

Lark se acercó al abeto y estudió su tronco unos momentos. Luego, sonriendo, se echó un poco de saliva en las manos, se las frotó y, acto seguido, levantó el hacha para asestar el primer golpe.

Los hachazos resonaron rítmicamente durante unos minutos. Al

cabo de un rato, alguien se asomó a una ventana del primer piso.

—Eh, ¿qué está haciendo ahí? —preguntó Carol.

Lark suspendió su tarea durante unos momentos y levantó la vista. Con una sonrisa franca y abierta, contestó:

—Ya puede verlo, señorita; este abeto está enfermo y es preciso evitar que se propague la enfermedad a los demás árboles de su jardín.

—¿Es usted botánico, por casualidad?

—No, señorita, un poco daltónico, pero puedo distinguir bien los colores...

—Yo me refería a la ciencia que trata de los vegetales, animal —le apostrofó Carol, al borde de la congestión.

—Ah, se refería usted a eso... Bueno, no, a mí me ha enviado el jefe de la Sanidad Forestal... Solo soy un simple operario...

—Le he calado, amiguito —dijo ella—. Muy bien, siga, siga con su tarea y no se prive. Permítame, he de desayunar, ¿sabe?

—Cuando termine de cortar el árbol, haga el favor de enviarme una taza de café, señora.

—Sí, desde luego.

Carol, todavía con camisón y bata, se retiró de la ventana. Lark continuó su trabajo, sonriendo para sí. Luego, ella le invitaría a tomar café, charlarían y...

Transcurrieron unos minutos. Súbitamente, Lark se sintió izado en el aire por dos robustos brazos, que le habían asido por debajo de los sobacos.

—Suelte el hacha, hermano —dijo uno de los policías.

—Oiga, yo estaba cumpliendo una tarea oficial...

—Sí, sí, ya se lo explicará al juez. Puede que le pida hacerle una caja de palillos de dientes, mientras dura su encierro —contestó el otro guardia sarcásticamente.

Lark comprendió que era mejor no oponer resistencia y se dejó llevar. El coche de patrulla, avisado discretamente, sin duda, estaba en la parte posterior del recinto.

Cuando lo acomodaban en el asiento posterior, vio a Carol que salía al jardín y le miraba con expresión de burla. La joven, quiso adoptar una postura entre displicente y desdenosa y se apoyó en un árbol con la mano derecha, a la vez que cruzaba el pie del mismo lado delante del otro.

En el mismo instante, se oyó un fuerte crujido.

Carol se sobresaltó. Los crujidos se repitieron.

El abeto empezó a caer. Carol retrocedió a la carrera, mientras el árbol, de más de diez metros de altura, se desplomaba sobre el jardín con tremendo estrépito de ramas quebradas.

Lark contempló la escena desde el coche y se echó a reír.

—Sí, sí, ríase usted —dijo uno de los policías—. Llorará cuando el juez le eche la vista encima, se lo aseguro.

* * *

Lark salió de su celda, acompañado por un policía y, en las oficinas, le devolvieron sus efectos personales, la documentación y el dinero. Firmó el recibo y se volvió hacia su amigo.

—Eres un buen muchacho, Henry —sonrió.

—Favor por favor —contestó Stone—. En cuanto supe que te habían encerrado, corrí a buscar a un abogado, para que pidiese una orden de libertad bajo fianza.

—No sería el abogado que te defendió en el proceso —se alarmó el joven.

—Oh, no, por Dios; he concluido con él. A veces, parecía que se ponía de acuerdo con el fiscal... Pero esto ha pasado ya. Ken, dime, ¿qué idea diabólica te dio de talar un árbol en el jardín de una de las chicas más adineradas de la ciudad? No es que las use, pero tiene influencias y su solo nombre basta para obtener cosas negadas a la mayoría de los mortales.

—He podido apreciarlo, Henry —dijo Lark, mientras se disponían a salir a la calle—. La verdad es que quise advertirla una vez, pero no me hizo caso. Entonces, se me ocurrió la idea de cortar aquel abeto... Entre paréntesis, está realmente enfermo y yo no me haría siquiera un taburete con su madera. Solo sirve para leña...

—Ken, sé que entiendes algo de árboles, pero, ¿era necesario talar el abeto para entrar en contacto con Carol Tracy?

—Bueno, no sabía qué hacer... Ella no querría recibirme; me toma por un chiflado...

—Cualquiera pensaría lo mismo —rezongó Stone, a la vez que abría la portezuela de su automóvil—. Vamos a mi casa; allá podrás bañarte...

—No, gracias, prefiero que me lleves al hotel, si no tienes

inconveniente.

—Como quieras. Pero aún no me has dicho qué es lo que tratas de decirle a Carol.

—Van a asesinarla, Henry.

Stone miró a su amigo con ojos llenos de recelo.

—Ken...

—¡Por todos los diablos! —estalló el joven—. ¿Crees que soy capaz de inventarme una historia semejante? Pero no puedo ir a la policía, porque no me darían crédito...

—Y ella menos, desde luego. Muchacho, ¿por qué no me cuentas todo desde el principio?

—Está bien, Henry. Óyeme con atención...

Cuando terminó de hablar, volvió los ojos hacia su amigo y observó la expresión de perplejidad que había aparecido en su rostro.

—¿Qué, no me crees? —preguntó.

—Aguarda un momento —repuso Stone—. Puede que tengas razón... Yo también tengo que contarte una historia, pero no se lo dije siquiera a mi abogado, porque estoy seguro de que no habría sido tenida en cuenta en el juicio.

—Bueno, empieza, Henry.

Stone desvió súbitamente el coche hacia la acera.

—Estoy viendo un bar y siento que necesito un buen trago —dijo.

* * *

Stone despachó en un par de sorbos la mitad del contenido de su vaso y luego fijó la vista en Lark.

—Ocurrió hace bastante tiempo. Tú sabes que las relaciones con mi esposa no eran buenas. En los últimos tiempos, incluso, yo me había ido a vivir a un apartamento propio, aunque, desde luego, ni siquiera se me había ocurrido iniciar las acciones para el divorcio. —Stone bebió otro trago y meneó la cabeza pesarosamente—. Fue un matrimonio infortunado, lo admito. Nunca debí casarme con ella...

—Continúa —dijo Lark—. Lo que te pasó a ti, suele ser un error corriente. Claro que no todos los matrimonios desavenidos acaban tan mal. ¿Qué más?

—Bien, yo lo hice, sobre todo, para que ella viese que su maldito dinero me importaba un rábano. Jamás se me ocurrió vivir a costa de su fortuna ni nunca le pedí un centavo, a pesar de que ella, sobre todo, en los primeros tiempos, me ofrecía su talonario de cheques en blanco. Pero yo la quería por ella misma y no por su dinero.

—Estoy seguro de que era así, Henry —sonrió el joven.

Stone quiso beber otro trago, pero Lark se lo impidió.

—No sigas —aconsejó—. Tienes que conducir.

—Bueno, al final, ella me hizo la vida insoportable... Siempre refregándose su dinero por las narices... y, lo único que yo obtenía era la comida y la cama... El caso es que me cansé y la envié al diablo. Y, entonces, algún tiempo después, alguien me propuso asesinar a mi mujer. Yo heredaría su fortuna, naturalmente, puesto que jamás se descubriría mi relación con el crimen. A cambio, pagaría al asesino cincuenta mil dólares.

Lark se estremeció.

—Sí, es su tarifa —dijo—. Continúa, te lo ruego.

—Como puedes imaginarte, me negué. Ya no amaba a mi mujer, pero tampoco la detestaba tanto como para desear su muerte. Al contrario, con su genio y sus intemperancias, ella misma se hacía un infierno en la tierra. Padecía más viva que muerta.

—No me cabe duda —rio Lark—. ¿Y...?

—Eso es todo, Ken. Al mes de aquella entrevista, alguien asesinó a mi mujer y acumuló pruebas que permitieran al fiscal obtener una condena muy severa. Y, de no haber sido por ti, ahora estaría en San Quintín para el resto de mis días.

—Pero, a pesar de todo, vas a heredar a tu esposa, puesto que has sido declarado inocente, Henry —arguyó el joven.

—No sé aún qué hacer. Gano el dinero suficiente para vivir bien, sin agobios, y preveo que la fortuna de mi mujer me acarrearía más disgustos que satisfacciones. Puede que la entregue a instituciones benéficas... Un dinero que te llega en semejantes circunstancias, nunca trae buena suerte.

—Es posible que tengas razón. Dime, ¿viste al hombre que te propuso el asesinato de tu esposa?

—Sí, claro, aunque luego, pensándolo bien, creo que estaba disfrazado y no podría reconocerle otra vez, si volviese a verle.

—¿Qué aspecto tenía? ¿Lo recuerdas?

—Bien, parecía un caballero elegante, acomodado, ya maduro, con el pelo entrecano, aire distinguido y con una leve cojera... Llevaba un bigote muy bien cuidado, de aire vagamente militar, y lentes con montura al aire. Hablaba en voz baja casi constantemente, con susurros...

—Y la entrevista, ¿dónde tuvo lugar?

—En el Black Snake.

Lark se puso rígido.

—Has dicho Black Snake.

—Exactamente. Yo había ido aquel día al local mencionado, porque tenía que encontrarme con un cliente que me había citado allí. Ahora pienso que fue una encerrona, porque el cliente no apareció para nada. Bueno, resumiendo, al cabo de unos minutos, se me acercó un camarero y me dijo que un hombre quería hablarme. Era el caballero distinguido que me propuso asesinar a mi esposa a cambio de cincuenta mil dólares.

—Y tú te negaste y alguien la mató, y te acusaron de hecho... Pero ahora estés en la calle.

—Gracias a ti, Ken. Si no hubieras asistido al juicio...

Lark se puso repentinamente en pie.

—Henry, voy a pedirte un favor —dijo—. Quiero que me acompañes a casa de Carol Tracy. Si yo sé que quieren asesinarla, es porque escuché algo muy parecido y, precisamente también, en el Black Snake. Anda, vamos y te contaré el resto por el camino.

—Lo haré con mucho gusto, Ken —respondió Stone.

Lark puso un billete sobre la mesa y se dispuso a salir a la calle. Momentos después, el coche en que viajaban los dos amigos, arrancaba en dirección a la residencia de Carol Tracy.

Un cuarto de hora más tarde, Stone buscó un lugar para estacionar el automóvil y lo encontró a poca distancia del punto de destino. Los dos amigos se apearon, pero Lark, un tanto nervioso, a causa de la excitación del momento, se adelantó a Stone.

En aquel momento, vio que Carol salía de su casa, poniéndose los guantes en las manos y con un bolso colgado del hombro. Lark levantó una mano, a la vez que lanzaba un fuerte grito:

—¡Señorita Tracy!

Ella se volvió y, al reconocerle, alzó la barbilla desdeñosamente. Luego se dispuso a cruzar la calle.

Cuando ponía el pie en la calzada, un coche, parado a cierta distancia, se puso en marcha súbitamente, con un tremendo rugido del motor. Lark oyó el estruendo de la arrancada y presintió la inminencia del peligro.

Con tremendo ímpetu, se lanzó hacia adelante. Carol no se había dado aún cuenta de nada y había iniciado el cruce de la calle. El coche estaba ya a menos de diez metros y su conductor había pisado el acelerador a fondo.

En el último instante, Carol sintió que sus pies perdían el contacto con el suelo y notó que se elevaba primero en el aire y que luego caía de costado, junto a alguien que gritaba algo ininteligible. En el mismo momento, una masa oscura, que desplazaba una violenta corriente de aire, pasó rugiendo por su lado.

El viento levantó sus faldas hasta la cintura. Carol chilló, más de rabia y furor que de miedo. Reaccionó vivamente y se puso en pie de un salto.

Lark se había levantado también. Ella le reconoció y su rostro se puso rojo de ira.

—Usted... ¡Otra vez usted! —gritó.

Y, sin poder contenerse, levantó la mano y abofeteó al joven.

CAPÍTULO IV

LARK se quedó parado ante la inesperada reacción de Carol. Pero se rehízo enseguida y devolvió la bofetada, aunque no puso demasiada fuerza en el golpe, porque conocía su potencia muscular y sabía que habría podido causar verdadero daño a la muchacha.

—¡Estúpida! —la apostrofó—. Vengo a salvarle la vida y todo lo que se le ocurre es emprenderla a golpes conmigo. Debería haber permitido que ese coche la atropellase y yo ya no tendría más motivos de preocupación por usted. ¿O es que se cree que me divierto tirando a las chicas al suelo, cuando se disponen a cruzar la calle? ¿Piensa acaso que es mi deporte favorito?

Carol tenía la boca abierta y la mano en la mejilla golpeada. Sus ojos expresaban el asombro que sentía, más por la bofetada recibida que por las violentas recriminaciones que le dirigía el joven.

—¿E... está seguro de que quería asesinarme? —preguntó al cabo.

—No soy hombre dado a las fantasías —contestó él—. Pero, por si no me cree, le presentaré a un amigo que se vio mezclado en un caso semejante. ¡Henry, acércate, por favor!

Stone había contemplado la escena a prudente distancia. Cuando llegó junto a la pareja, Lark dijo:

—Le presento a Henry Stone. Henry, ella es Carol Tracy. ¿Quieres darle mi nombre, por favor?

—Señorita Tracy, tengo el gusto de presentarle a Kenneth Lark —dijo Stone.

—Nos hemos visto ya en un par de ocasiones... Oiga —dijo Carol de pronto—, usted, señor Stone, ¿no fue acusado del asesinato

de su esposa?

—Cierto, pero Ken pudo demostrar mi inocencia. Y le juro que también quisieron convencerme para que pagase al nombre que mató a mi mujer.

—A usted la quieren asesinar, aunque no le guste admitirlo, y prefiere tratarme como un chiflado —terció Lark—. Le aseguro que es cierto y que yo escuché la conversación que cierta persona sostuvo con el hombre que va a asesinarla, a cambio de cincuenta mil dólares. Ahora podría estar muerta, si no hubiese actuado yo tan oportunamente, y no lo digo para que me lo agradeciera, sino para que lo tenga en cuenta, porque estoy seguro de que intentarán repetir el hecho en la primera ocasión que se les presente.

Carol pareció reflexionar un momento. Luego dijo:

—Será mejor que entren en casa; así me contarán todo con más detalles.

La propuesta fue aceptada inmediatamente. Cuando cruzaban el jardín, vieron el abeto todavía caído en el suelo.

—Volveré un rato para trocearlo y guardarlo en algún sitio, hasta que llegue el invierno —dijo Lark—. La enfermedad impediría que se pudiera aprovechar la madera para muebles.

—Usted parece entendido en árboles —contestó ella—. ¿Qué es, en realidad?

—Señorita Tracy, mi amigo es...

—Un sencillo leñador —se apresuró a decir Lark, antes de que Stone pudiera dar más datos sobre su personalidad—. Aunque, claro, me gusta estudiar todo lo referente a las plantas y más concretamente a los árboles maderables. Pero no se me puede llamar precisamente un botánico.

—Comprendo. Entren, por favor.

Minutos más tarde, Carol estaba enterada de todo lo que le había sucedido a Stone. Luego, Lark tomó la palabra y contó lo que le había pasado en el Black Snake. Terminó diciendo que había podido seguir a la dama del zapato con tacón ortopédico hasta aquella casa y que la había visto entrar acompañada de un hombre de mediana edad, no muy alto y tirando a obeso.

—Ella tenía el cabello rubio ceniciento —añadió Lark—. Yo diría que usa ese color de pelo, para ocultar sus canas.

—Mi tía Abigail —dijo Carol, estupefacta—. Pero eso no puede

ser, señor Lark. Tiene dinero...

—¿Quién era el hombre que la acompañaba?

—Fulton Mighser, su marido. Oh, no, ellos no pueden hacer una cosa semejante... No tiene necesidad de heredarme para nada...

Lark se puso en pie.

—Señorita Tracy, creo que he cumplido con mi deber al ponerla en antecedentes de lo que sucede. Si sus tíos necesitan o no su fortuna, es otro asunto que ya no me compete a mí averiguar. Pero puede tener una cosa por absolutamente segura: una vez que ya está advertida, no volveré a importunarla más. He tenido mucho gusto en conocerla. Vámonos, Henry.

Stone se había puesto en pie e inclinó ligeramente la cabeza.

—Señorita Tracy...

En la calle, Stone se volvió hacia su amigo.

—No parece muy convencida —observó.

—Bueno, yo no me voy a pasar la vida detrás de ella, vigilando cada uno de sus pasos, como si fuese su niñera. Si tiene tanto dinero como se dice, que contrate guardaespaldas.

Caminaron hacia el coche. De pronto, Lark recordó algo.

—Henry, cuando fuiste al Black Snake te entrevistaste primero con el caballero de mediana edad y porte distinguido. Cuéntame, ¿cómo sucedió exactamente la cosa?

—Bueno, yo llegué al bar y di mi nombre y dije que me aguardaban... Lo del cliente que me había citado decía de ser falso, una trampa para hacerme acudir allí... El camarero me indicó un reservado y, al poco rato, apareció el tipo que me quería sacar cincuenta mil dólares por asesinar a mi esposa.

—Es decir, tú ya estabas en el reservado cuando llegó el tipo.

—Sí, en efecto.

—¿Os sirvió alguien bebidas?

—No, ya estaban preparadas. Una botella de buen whisky, dos vasos, hielo y un par de botellitas de agua tónica.

Lark hizo un gesto de asentimiento.

—Creo que ya sé cómo sucedió la cosa —dijo—. ¿Qué aspecto tenía el camarero?

—Bueno, era alto, desgarbado, de pómulos muy salientes... No me fijé demasiado, a decir verdad...

—¿El pelo? ¿Los ojos?

—Lo siento. El interior del Black Snake no se distingue por su aportación a los beneficios de las compañías eléctricas —contestó Stone irónicamente.

—Gracias, eso es todo lo que quería saber.

Un taxi se paró en aquel momento. El conductor asomó la cabeza por la ventanilla.

—¿Me necesita, señor Lark? —preguntó Dickiss.

El joven sonrió.

—Desde luego, Joe. Te veré más tarde, Henry —se despidió de su amigo.

—¿Adónde vamos, jefe? —le preguntó Dickiss, apenas estuvo sentado en el asiento posterior.

—Al Black Snake, Joe.

—Muy bien, señor. Vamos a aquel antro. Si se ve en apuros, hágame una señal y acudiré con el Séptimo de Caballería. Por cierto, ¿qué hizo para que lo metieran en «chirona»?

—El juez es un ecologista fanático y me encerró por haber cortado un árbol —contestó el joven de buen humor.

* * *

Entró en el Black Snake y se acercó al mostrador con aire displicente. Era relativamente temprano todavía y no había ningún cliente en la barra. El barman le miró con indiferencia.

—¿Qué va a tomar, amigo?

—Usted mata a las chinches que hay por todas partes, las exprime y luego embotella el jugo. No me dé una copa de ese brebaje.

—Je, tiene usted un humor excelente...

—Desde luego, Micky.

—Me llamo Solly, señor.

—Muy bien, Solly, mientras me pone de beber, dígame dónde puedo encontrar al camarero que estaba aquí el otro día, cuando yo vi a una señora que me pareció Helen Rattigan.

El semblante de Solly se envaró inmediatamente.

—Ya no trabaja aquí, señor —contestó.

—Al menos, podrá decirme dónde vive, claro.

Solly se encogió de hombros.

—Se marchó sin dejar su dirección —contestó.

—Ah, claro... ¿Quiere traerme la guía de teléfonos, por favor?

—Sí, señor, al momento.

Solly se alejó hasta el otro extremo de la barra y regresó con un pesado libro, que puso en manos del joven. Lark, ostentosamente, lo agarró de una forma peculiar y luego lo partió en dos mitades.

Los ojos del barman se desorbitaron. Entonces, Lark, sonriendo, alargó ambas manos y le deshizo el lazo de la corbata negra. Luego, agarrándola por ambos extremos, apretó un poco.

—Doy un tirón seco y te corto el cuello —dijo.

La cara de Solly se puso lívida.

—Es... vive en la calle Treinta y dos... Novecientos once...

—¿Su nombre?

—Eddie... Wharton...

—Solly, ¿qué diablos hacía Eddie aquí? Porque me parece que no se limitaba solamente a servir bebidas...

—Es... tiene una agencia de detectives... A veces me pide el favor de permitirme trabajar como camarero, para sus pesquisas...

—Gracias, eso es todo lo que deseaba saber. No le avises, ¿eh, Solly?

El barman tragó saliva y se acarició la garganta.

—Descuide, señor.

Lark puso una moneda sobre el mostrador. Solly protestó.

—Me da de menos...

—No he probado su veneno. Bébaselo usted.

Salió a la calle. Dickiss le miró sonriendo.

—No ha necesitado que le rescaten —dijo.

—Hubo suerte —contestó el joven escuetamente—. Perdone, Joe, pero veo una cabina telefónica y quiero hacer una llamada urgente.

—No tenga prisa, jefe.

Momentos más tarde, Lark se ponía en contacto con Stone.

—Henry, me olvidé hoy de hacerte una pregunta. Si te hubieran condenado, está claro que no podrías haber heredado a tu esposa. En tal caso, ¿quién habría resultado beneficiado de su fortuna?

—Tenía varios parientes, pero el principal beneficiario habría sido su primo Joshua Evers. Pero no creo que él...

—¿Dónde vive Evers?

—Calle Veintisiete, dos mil cuarenta y cuatro.

—Gracias, eso es todo.

Lark colgó el teléfono y regresó al taxi.

—Joe, ¿qué calle está más cerca, la Veintisiete o la Treinta y dos?

—Estamos en la Veintiséis, señor. ¿A qué número se dirige?

—Dos mil cuarenta y cuatro.

—Eso está como quien dice a la vuelta de la esquina

—Muy bien, entonces, primero a la Veintisiete y luego a la Treinta y dos, Joe.

—Como las balas, jefe.

Dickiss hizo avanzar el coche dos manzanas, doblo a la derecha y se metió por la calle inmediata y paralela a la anterior. Cuatro manzanas más adelante, paró el taxi.

—Hemos llegado, jefe.

—Espérame, Joe.

—Todo el tiempo que necesite —respondió Dickiss, a la vez que se disponía a encender un cigarro.

Lark penetró en la casa. Por medio del indicador del vestíbulo supo el piso en que vivía Evers. Entró en ascensor y pulsó el botón que le conduciría a la décima planta.

Momentos más tarde, salía al corredor. Buscó la puerta señalada con la indicación 10 B y llamó al timbre.

No hubo respuesta. Se preguntó si Evers estaría en su casa

Insistió de nuevo, pero nadie le contestó. Ya iba a marcharse, cuando, de pronto, percibió un cierto olor que no le resultaba desconocido del todo.

Tanteó el pomo. La puerta estaba cerrada con llave, pero no le costó mucho hacerla saltar de un tremendo empellón.

Penetró en el apartamento con tremendo ímpetu. Inmediatamente, divisó al fondo la mecha que ardía en dirección a un paquete que había sobre la mesa.

Un poco más allá, divisó a un hombre tendido en el suelo, boca arriba. Lark se precipitó hacia la mesa y arrancó la mecha de un tirón, cuando apenas si quedaban cinco centímetros para que el fuego alcanzase el fulminante.

Luego se arrodilló junto al caído. Tocó su mejilla y la encontró tibia todavía, pero le resultó fácil apreciar su absoluta inmovilidad.

Ya no podría hablar con Joshua Evers, se dijo amargamente.

Alguien se había anticipado, enviándole al otro mundo por un procedimiento que, de momento, le resultaba desconocido.

CAPÍTULO V

—NO me lo puedo creer —dijo Stone aquella misma noche, en el salón de su casa—. Me resulta difícil imaginarme a mi primo contratando a un asesino profesional...

—Casi se podría decir que el asesino lo «contrató» a él —contestó Lark, mientras hacía rodar en las manos una copa balón con un par de dedos de buen coñac.

Stone estaba paseándose por la sala y se volvió bruscamente hacia su amigo.

—Pero Joshua no necesitaba dinero...

—¿De veras? ¿A cuánto ascendía la fortuna de tu mujer?

—En cifras redondas, cuatro millones.

—Bueno, tú no ibas a heredar, porque te condenarían. Aunque los impuestos se le llevasen dos millones, siempre le quedaba otro tanto para darse la buena vida.

—Insisto, Joshua no tenía necesidad...

Stone se calló de pronto. Lark miró fijamente a su anfitrión.

—Sí, tenía necesidad de dinero —dijo el joven—. Debía mucho a apostadores profesionales y en un par de casas de juego. Le gustaba vivir a lo grande, solo que no tenía bastante con lo que ganaba.

—El tipo que quiso convencerme para que accediera al asesinato de mi mujer, debía de estar muy bien informado de mis asuntos.

—Es lógico. Tiene una agencia de detectives.

—Entonces, ¿sabes quién es?

—Creo que sí. Mañana lo comprobaré, Henry.

—Me gustaría saber...

—Deja eso por el momento. Tu primo ha sido asesinado. ¿Qué

piensas hacer ahora?

—No lo sé. Confieso que estoy aturdido... ¿Por qué tuvieron que matarlo, Ken?

Lark apuró el coñac de su copa.

—Tengo la seguridad de que Joshua llegó a saber la identidad del asesino. No me preguntes cómo lo consiguió, pero presiento que sucedió así. Quizá le pidió dinero, en lugar de dárselo... y el asesino decidió eliminar un peligro.

—Lo mato de una puñalada en la espalda... pero ¿por qué diablos puso después una bomba?

—No era lo que se dice una bomba. Había cincuenta gramos de dinamita, suficientes para incendiar la gasolina de una lata de un par de litros, suficiente para provocar un pequeño incendio en la casa, sin peligro de que se propagase al resto de los apartamentos.

—¿Por qué? Joshua estaba ya muerto...

Lark sonrió, a la vez que se incorporaba.

—Para despistar a la policía, supongo. Green que el asesinato ha sido obra de algún acreedor demasiado impaciente. No he tratado de sacarles de su error, como puedes comprender. Buenas noches, Henry, y gracias por la cena.

El joven se marchó. Dickiss aguardaba, como de costumbre, en el exterior.

—¿Todo bien, jefe?

—El final del día ha sido más bien accidentado —suspiró el joven—. Al hotel, Joe.

—Sí, señor.

El taxi se puso en movimiento. Diez minutos más tarde, Joe dijo:

—Jefe, no pretendo ser un aguafiestas, pero juraría que nos siguen.

—¿Seguro?

—Noventa y nueve por ciento.

Lark meditó unos segundos. Tal vez Solly no había respetado la consigna de silencio, se dijo.

—Está bien, siga hasta que se lo indique, Joe.

—Sí, señor.

Un poco más adelante, Lark divisó una calle relativamente estrecha y poco alumbrada.

—¡Por ahí! Pare apenas hayas doblado la esquina, siga cincuenta

metros más y párese entonces.

Dickiss hizo lo que le decían. Lark aprovechó la breve detención para saltar del taxi y guarecerse en el quicio de un portal en sombras. Apenas cinco segundos más tarde, el coche perseguidor se adentró en la calle, parándose a unos diez o doce metros del taxi.

Lark observó al segundo vehículo. Había dos hombres y ninguno de ellos se apeó. Sin duda, tenían órdenes de seguirle, a fin de observar el menor de sus movimientos.

Al cabo de unos segundos, Lark, muy despacio y siempre moviéndose en la sombra, se acercó al segundo coche y se inclinó frente a la portezuela trasera.

Silenciosamente, metió las manos por debajo. Inspiró con fuerza y luego, casi con brusquedad, levantó el vehículo, haciéndolo volcar antes de que sus dos ocupantes pudieran darse cuenta de lo que les pasaba.

Hubo un estruendo terrible cuando el automóvil cayó sobre el otro costado. Sin volverse a mirar hacia atrás, Lark corrió hacia el taxi y se zambulló en el interior.

—¡A casita, Joe!

Dickiss arrancó en el acto. Cuando salieron de la calle, dijo, estupefacto:

—¡Dios, qué fuerza! ¿De dónde ha sacado esos músculos, jefe?

—Oh, es muy fácil. Todos los días me desayuno un par de riñones de elefante —contestó el joven con simulada afectación.

—¿Riñones o...?

Lark emitió una estruendosa carcajada.

—Lo que usted prefiera, Joe —respondió alegremente.

* * *

Llegó a la casa de la calle Treinta y dos y penetró en el vestíbulo. Un conserje mal encarado le miró suspicazmente.

—Busco a Eddie Wharton —dijo Lark.

—No está —contestó el hombre desabridamente.

—Si no le importa, iré a comprobarlo por mí mismo.

—Le he dicho que no está...

Lark sacó un billete de cinco dólares con la mano izquierda. Con la derecha, levantó al conserje en el aire.

—¿Prefiere la «pasta» o le gustaría más un vuelo con parada en

el hospital más próximo?

El conserje gorgoteó algo ininteligible. Lark lo dejó en el suelo.

—Le... le aseguro que no está... Se ha marchado...

—Usted tiene una llave maestra. —Lark sacó otros cinco dólares —. Acompañeme a su apartamento.

El hombre no se atrevió a resistirse. Minutos después, se detenían ante una puerta, en la que se veía claramente la marca dejada por una placa que había sido retirada pocos días antes. En aquella placa, se dijo Lark, debía de figurar el nombre y la profesión del ocupante del apartamento.

—Parece ser que, efectivamente, se ha marchado —admitió.

—Y no dejó su dirección —rezongó el conserje, a la vez que abría la puerta.

Una rápida mirada al interior convenció al joven de que Wharton no había dejado allí ni siquiera un papel lo suficientemente grande como para anotar un número de teléfono. Todo estaba absolutamente limpio y hasta presintió que Wharton había sido capaz, incluso, de fregar minuciosamente todo, para no dejar sus huellas dactilares.

—¿Convencido? —preguntó el conserje.

Lark se volvió hacia él.

—Perdone, amigo, pero tenía mucho interés en hablar con el señor Wharton...

—No sé qué habría podido sacar de él —dijo el hombre, algo más amable—. Nunca se relacionaba con los vecinos y, a decir verdad, tampoco se le veía mucho por la casa. Si era detective privado, debía de morir de hambre, porque jamás supe qué vinieran clientes a contratar sus servicios.

Lark dedujo que aquel apartamento debía de ser una tapadera para ciertos negocios sucios de Wharton, el hombre que, sin duda, trabajaba para el asesino de la señora Stone. Pero, de repente, se hizo una observación a sí mismo.

Ya había conseguido convencer a Carol de que sus declaraciones no eran ninguna fábula. Había conseguido aún algo mejor: salvar a Stone de una severa condena. «Entonces, ¿qué diablos hago yo, en el papel de investigador aficionado?», se preguntó.

Aprovechando que debía prestar testimonio ante el tribunal que juzgaba a su amigo, había decidido tomarse unas vacaciones, cosa

que no hacía desde cinco años antes, debido al exceso de trabajo. Ahora estaba un poco más aliviado de sus tareas y no iba a complicarse la vida con problemas ajenos.

—Ya he hecho bastante por otros —murmuró—. Ahora me toca a mí.

—¿Decía, señor? —preguntó el conserje.

—No, nada, ya es hora de que me marche. Gracias por todo, amigo.

Lark procuró divertirse durante la semana que siguió a aquellos acontecimientos. Ocho días más tarde, recibió una llamada inesperada.

—Soy Carol Tracy.

—Oh, vaya una sorpresa... Realmente no esperaba oír su voz... ¿Puedo serle útil en algo, señorita?

—Ya me causó bastantes trastornos, por su afición a contar historias fantásticas, señor Lark.

—Le aseguro que no me inventé nada...

—¿De veras? Bueno, le diré que hice investigar a mi tío Fulton, por un detective profesional, el más acreditado de la ciudad. Los asuntos económicos de mi tío marchan a las mil maravillas y no tiene ninguna necesidad de contratar a un asesino, para heredarme. ¿Lo ha entendido ya, señor entrometido?

Lark se quedó atónito. Fue a decir algo, pero Carol había colgado ya y no pudo decirle una sola palabra.

—Bueno, al diablo con esa chica mal criada...

La siguiente llamada era de Stone.

—Ken, te propongo una excursión de pesca.

—Pero yo solo pesco truchas en los ríos de montaña...

—Así cambiarás de ambiente un poco. ¿Qué me contestas?

—Si hemos de pasarnos todo el día en el mar...

—Oh, solo hasta la tarde. No nos alejaremos demasiado de la costa, te lo aseguro.

Lark se resignó.

—Muy bien. ¿Cuándo?

—Mañana, a las ocho en punto, en el muelle Oceanside Marina. Mi lancha está amarrada en el punto cincuenta y seis. Es la Flyng Wing. ¿Entendido?

—O.K., Henry mañana a las ocho.

Lark llegó al muelle unos minutos antes de las ocho, no demasiado satisfecho por la perspectiva de pasarse un montón de horas en el mar. Pero tampoco quería desilusionar a su amigo, ya que sabía que Stone le había invitado como una forma de mostrarle su agradecimiento.

Encontró muy pronto la embarcación y pasó a bordo. Apoyado en la borda, contempló con aire distraído el espectáculo de las numerosas embarcaciones de todas clases que había amarradas en el muelle deportivo.

Junto a la Flyng Wing había una potente lancha, de tipo crucero, cuyo nombre llamó su atención en el acto. Una casualidad, se dijo: había más de una Carol en la ciudad y alguna de ellas habría puesto su nombre en el espejo de popa de la lancha.

El sol le daba de lleno en los ojos y se bajó la gorra de visera que se había comprado para la ocasión. Cruzado de brazos, empezó a preguntarse si su amigo habría acertado al darle la hora del encuentro en el muelle.

En aquel momento, dos hombres salieron de la cabina de la Carol. Lark no se fijó demasiado en ellos, aunque sí captó un par de frases que no parecían tener importancia.

—¿Funcionará? —preguntó uno de ellos.

El otro consultó su reloj.

—Son las ocho y un minuto. Las manecillas del reloj se juntarán dentro de dos horas y cincuenta y nueve minutos.

—Estará en alta mar, supongo.

—Pronto estará mucho más lejos... más lejos... muy alto...

Los dos hombres rieron y se alejaron. Llevaban ropas de mecánico. Sin duda, habían estado revisando los motores de la Carol, pensó Lark.

Stone llegó en aquellos momentos, corriendo y sin aliento.

—Perdona, Ken... Tuve una pequeña colisión con un coche que me alcanzó por detrás en un semáforo...

—No te preocupes, Henry, tenemos todo el día por delante.

La embarcación se separó del muelle minutos más tarde. Stone preguntó a su amigo si quería gobernar la lancha. Lark se negó con amabilidad, pero también con firmeza.

—Prefiero tumbarme en la cubierta —respondió.

Una hora más tarde, Stone detuvo la nave y empezó a preparar la pesca.

—Hoy tendremos suerte. Pescaremos unos cuantos ejemplares, dignos de ser immortalizados por una cámara fotográfica...

Aunque no le gustaba demasiado, Lark se situó en la popa con una caña. Stone trajo una nevera portátil, repleta de latas de cerveza.

—Hay que vivir, muchacho —dijo alegremente.

Poco más tarde, vieron una lancha que se detenía a cosa de un cuarto de milla. Iba tripulada por una mujer, la cual se quitó los ropajes para quedarse en traje de baño. Luego se tendió sobre la cubierta, para tomar el sol.

Transcurrió media hora. Lark dijo que iba al lavabo. Cuando salía, vio a la bañista que se lanzaba al mar.

—Eh, Henry, ¿tienes por ahí unos prismáticos? —preguntó.

—Están en la cabina, al lado del timón —respondió Stone.

Lark trepó a la cubierta superior y entró en la cabina. Buscó los prismáticos y los asestó hacia el lugar donde la bañista nadaba placenteramente.

—Esa fulana es una imprudente —comentó Stone—. A veces, hay tiburones y podría encontrarse con una pierna de menos, antes de saber lo que le había ocurrido.

—¿No crees que deberíamos avisarla? —sugirió el joven.

—Usa el altavoz para caso de emergencia, en todo caso.

Pero, en el mismo momento, Lark observó que la bañista regresaba a la embarcación. Al seguirla con los prismáticos, vio el nombre de la lancha en la popa.

Ella trepó por una escala lateral. Lark la reconoció en el acto.

—¡Vaya, si es Carol Tracy! —exclamó.

—¿Piensas ir a saludarla? —preguntó Stone irónicamente.

Lark dudó unos momentos.

—No, ¿para qué? —respondió al cabo—. No tengo ganas de que me pongan mala cara.

—Bueno, entonces, ¿por qué no preparas algo de comer? Van a dar las once, Ken, y ya empiezo a tener apetito.

—Las once —repitió Lark, profundamente preocupado y sin saber exactamente los motivos.

En la otra canoa, Carol había llegado a la cubierta y ahora tomaba el sol, tendida sobre una toalla de brillante color rojo. Lark se había dado cuenta de que ella no se quitaba el traje de baño, porque sabía que había otra embarcación en las inmediaciones y que sus ocupantes podrían verla.

Miró el reloj; escasamente faltaban cinco minutos para las once.
¿Qué iba a suceder a esa hora?

CAPÍTULO VI

LENTAMENTE, se dirigió a la escala y emprendió el descenso. A las once iba a pasar algo. Dos hombres habían salido de la Carol, haciendo comentarios sobre algo que iba a ocurrir a aquellas horas. Dos manecillas de un reloj se juntarían entonces... «Estará en alta mar»... «A esa hora estará mucho más lejos... mucho más alto...»

El recuerdo de aquellos dos sujetos y de las frases que habían pronunciado acudió a su mente con absoluta claridad, como en un *flash-back* de película, como si su mente fuese una pantalla en la que se proyectase la escena con toda nitidez.

Y entonces, en una fracción de segundo, comprendió el significado de aquellas frases.

Un grito se escapó de sus labios incontinentemente:

—¡Henry!

Stone, alarmado, se volvió.

—¿Ken?

—¡Corre, pronto! —bramó—. Sube al puente y pon en marcha la embarcación. ¡La lancha de Carol va a volar a las once en punto y faltan menos de cuatro minutos!

Stone miró a su amigo como si este se hubiera vuelto loco repentinamente. Lark se volvió hacia el puente y buscó la llave de contacto.

—¡Henry —aulló—, no sé manejar este trasto!

Stone soltó la caña y corrió hacia arriba.

—¿Estás seguro...?

—Vamos, no hagas preguntas —dijo Lark, terriblemente nervioso.

Los motores emitieron un profundo rugido. Las hélices gemelas se pusieron en movimiento.

—Pero ¿cómo diablos sabes que pasará lo que has dicho? —preguntó Stone.

—No te preocupes. Dale todo el gas... ¡Rápido, rápido!

La Flyng Wing podía alcanzar fácilmente los treinta nudos y su dueño la lanzó hacia adelante a toda velocidad. La proa despedía a ambos lados enormes chorros de blanca espuma.

—El altavoz... Conéctalo, Henry...

—Toma, ahí tienes el micrófono, Ken.

Lark se lo acercó a la boca. Un trueno se expandió por la atmósfera:

—¡Señorita Tracy! Abandone su embarcación... Le han colocado una bomba y va a estallar a las once en punto... Salte al agua inmediatamente; vamos a recogerla...

En la cubierta de su lancha, Carol se incorporó un poco al oír aquellas frases. Vio a la otra embarcación que se acercaba a gran velocidad y volvió a tenderse sobre la toalla.

—No me hace caso, Henry —dijo Lark angustiadamente. Miró su reloj—. Y ya quedan menos de dos minutos...

—Solo tienes una solución —contestó Stone—. Si no quiere venir por las buenas, tráetela a la fuerza. Pero como lo de la bomba no sea cierto, que Dios te ayude, porque yo no podré hacerlo.

—Déjate ahora de tonterías... Ya estamos llegando... Pégate al costado de la otra barca... Así, muy bien... Eso es, Henry.

Carol se había sentado sobre la cubierta y miraba a los dos hombres con ojos llenos de asombro. Lark no perdió tiempo en explicaciones. Apenas se tocaron los cascos de ambas embarcaciones, saltó a la otra y corrió hacia la muchacha.

—Vamos, venga conmigo —dijo.

—Por lo visto, no se ha curado todavía su demencia, ¿verdad? —respondió ella cáusticamente.

Lark echó un vistazo a su reloj.

—Cincuenta y cuatro segundos para las once —dijo.

Bruscamente, se inclinó y, agarrando a Carol con ambas manos, se la cargó al hombro. Ella chilló y pataleó frenéticamente, pero el joven no la hizo el menor caso y saltó a la cubierta de la Flyng Wing.

—¡Fuera, Henry! —aulló.

Stone hizo arrancar a su lancha, suavemente al principio, pero muy fuerte apenas se hubo separado de la otra. Entonces, Lark dejó a Carol en el suelo.

Ella le dirigió una terrible mirada.

—Esto ya pasa de la raya —exclamó—. En cuanto lleguemos a tierra firme, iré a mis abogados, para que presenten una demanda contra usted, por intento de secuestro. Pediré también protección policial, para evitar que siga molestándome...

—Perdone, pero le aseguro que es cierto. —Lark tendió una mano hacia la otra lancha, cuyo tamaño disminuía rápidamente—. A las once, estallará una bomba...

Carol se volvió hacia el otro.

—¿Sabe usted algo de esto, señor Stone? ¿Cree lo que dice su chiflado amigo?

Stone vaciló.

—Pues... él lo dice y yo...

—Claro, no puede contradecirle, ¿verdad? —exclamó ella sarcásticamente—. Señor Stone, presumo que es usted el dueño de esta embarcación. En tal caso, le conmino a que me devuelva a mi lancha o le acusaré también de complicidad en mi secuestro.

Stone miró afligidamente a su amigo.

—Ken, tenemos que llevarla.....

—¡Va a estallar una bomba! —rugió Lark.

—Loco, está loco de remate... —dijo Carol. Enseñó su reloj de pulsera—. Son ya las once y un minuto y aún no ha pasado nada.

Lark se sentía desconcertado. ¿No se habrían referido aquellos dos hombres a otra cosa que no tenía nada que ver con la supuesta bomba?

Carol elevó los brazos a lo alto.

—¿Qué habré hecho yo para merecer esta cruz, Señor? —clamó melodramáticamente—. Un demente que asegura me van a asesinar, que me han puesto una bomba en mi barco...

La joven se interrumpió en el acto.

A unos quinientos metros de distancia, la Carol se desintegró literalmente en una espantosa llamarada, que alcanzó una altura enorme. Los fragmentos de la embarcación, envueltos en fuego y humo, alcanzaron a gran distancia.

Luego se oyó el trueno, de una potencia indescriptible. La onda explosiva llegó a la Flyng Wing como un soplo de aire quemante, aunque no les produjo daños físicos.

Durante unos momentos, estuvieron lloviendo sobre el mar restos de todas clases, en un amplísimo círculo. La oleada provocada por la explosión sacudió a la Flyng Wing con cierta violencia, aunque no amenazó con volcarse en ningún momento.

En el puente, Stone contemplaba con ojos de pasmo el lugar donde había estado la Carol unos momentos antes y de la que ya no quedaban sino unos restos flotantes y algunas manchas de combustible que todavía ardían. Carol había perdido completamente el color de su rostro.

—U... usted... tenía razón... señor Lark... —tartamudeó.

Y, de pronto, cerró los ojos, dobló las rodillas y, con un hondo suspiro, empezó a caer al suelo. Por fortuna, Lark reaccionó a tiempo y pudo evitar el choque de Carol contra la cubierta.

* * *

Llamaron a la puerta. Lark estaba terminando de vestirse y se abotonó la camisa. Cruzó la sala y abrió.

Carol estaba en el umbral. Vestía discretamente y apenas había maquillaje en su rostro.

Lark sonrió.

—¿Se encuentra mejor?

—Sí, aunque he tenido que tomar sedantes para poder dormir esta noche...

—Me lo imagino. Pase, acaban de traerme el desayuno y le serviré una taza de café.

—Gracias.

Lark cerró la puerta y fue a la mesa donde estaba el servicio. Llenó una taza.

—Siéntese, Carol.

Ella lo hizo frente al joven.

—Usted sabe que quieren asesinarme, pero yo no me lo acabo de creer... Bueno, quiero decir que ahora sí lo admito, pero, a pesar de todo, me parece tan fantástico...

—Usted es rica. Tiene unos parientes que heredarían su fortuna. Eso lo explica todo.

—¡Pero ellos no son, no les hace falta mi dinero! Me lo informó el detective al que contraté. Es el mejor de la ciudad.

—También los detectives privados están sujetos a error —contestó Lark—. Pudieron engañarla, ¿sabe?

—Tal vez... Bien, el caso es que estoy viva gracias a usted. Ahora sé que me salvó la vida en dos ocasiones. He pensado que debo mostrarle mi gratitud con algo más que simples palabras.

—Por favor, Carol...

—Insisto —dijo la muchacha.

Abrió su bolso y puso un cheque sobre la mesa. Lark leyó la cifra.

—Lo siento, no puedo aceptar —dijo.

—Se lo ruego. Yo querría hacerle un regalo, pero no se me ocurría nada que pudiera gustarle. Así, usted mismo podrá comprarse lo que más le agrade.

—Carol, repito que no quiero su dinero.

—¿Por qué? Usted es un trabajador... supongo que de cierto relieve en su empresa... Ha estado cinco años sin tomarse apenas un día de descanso y ahora ha venido aquí a pasar unas vacaciones...

—Oiga, ¿cómo sabe tanto de mí? —se extrañó Lark.

—He hablado con Stone. Él me dijo que usted es leñador... bueno, no es que se pase usted el día entero cortando troncos... Capataz en un aserradero o algo por el estilo...

—Sí, algo hay de eso.

—Entonces, acepte este cheque, Ken.

Lark vaciló un momento, pero luego acabó por doblar el papel y se lo guardó en el bolsillo de la camisa.

—Bien, Carol, le guste o no, la dama del zapato con tacón ortopédico es la que estuvo hablando con el hombre que cobrará cincuenta mil dólares por suprimirla a usted del mundo de los vivos. Eso es lo que yo vi y escuché, y nada ni nadie me hará pensar lo contrario. Usted, por supuesto, puede pensar lo que quiera, aunque las pruebas deberían convencerle de que le he dicho la verdad y que tengo de loco lo mismo que de monje budista.

Ella asintió.

—Sí. A pesar de todo, me cuesta creer que mis tíos... ¡Si no les hace falta el dinero!

—¿Y si lo hacen por puro resentimiento?

—¿Cómo?

—Carol, usted es joven, guapa, tiene todo lo que una mujer puede desear en este mundo: juventud, belleza, dinero... Ellos rondan el medio siglo... Puede que, aun no teniendo dificultades económicas, se sientan frustrados... Son segundas figuras en una función de la que usted es estrella principal...

—Siempre les traté amablemente, con todo cariño, Ken.

—¿De veras?

—Mi casa es prácticamente suya, aunque no viven en ella. Entran y salen cuando les apetece... les he hecho infinidad de regalos... A fin de cuentas, no puedo olvidar que tía Abigail era hermana de mi madre...

—Quizá habría sido mejor que los tratase a patadas. De este modo, es posible que no hubieran vuelto a verla. En fin, yo solo sé lo que ya le he contado... y lo que he podido ver con mis propios ojos, claro.

Lark sonrió.

—El reloj de la bomba atrasaba un minuto —añadió.

Carol dulcificó su gesto.

—Debía de ser de mala calidad —contestó—. Lo que sí fue una suerte es que viera a aquellos dos hombres salir de mi lancha. ¿Los reconocería si les viese?

—Hay algo mejor —dijo Lark—. Sé sus nombres. La policía me presentó un enorme libro de fotografías y conseguí identificarlos. Ahora están buscándolos, pero yo también voy a hacerlo por mi propia cuenta. Si los atrapa la policía, les tratará con guante blanco y ellos no dirán nada. Por eso prefiero yo llegar antes.

—Le... les... ¿qué les hará, Ken?

Lark sonrió enigmáticamente.

—Adivínelo, Carol.

—No sé si estará bien...

—Mucho peor está poner bombas en las embarcaciones ajenas, pienso yo.

—Sí, eso es verdad.

Los ojos de Carol fueron hacia el joven que tenía frente a sí, de rostro franco, tostado por la continua vida al aire libre, de hombros anchísimos y casi un metro noventa de estatura. Era un tipo de hombre enteramente distinto al que ella estaba acostumbrada a

tratar.

—¿Cuándo viene a trocear el abeto? —preguntó de pronto.

—Hoy no podré. Tengo cosas que hacer y no puedo complacerla. Quizá, mañana acuda con los elementos necesarios para proporcionarle la leña que quemará en su chimenea el próximo invierno.

—Sí es así, le prometo tenerle preparado un buen desayuno, Ken.

Carol se levantó y tendió la mano hacia el joven.

—Empiezo a alegrarme de haberle conocido —se despidió.

Lark hizo un gesto de aquiescencia.

—Yo también —respondió, lacónico.

La joven se marchó. Lark terminó de vestirse y luego salió del hotel.

Dickiss aguardaba con su taxi en la puerta.

—¿Adónde, jefe?

—Vamos al Black Snake.

—¿Otra vez?

—Sí. Empezaré por allí a buscar a dos bomberos.

—Hombre, allí no van los bomberos...

—Yo me refería a dos tipos aficionados a poner bombas en los barcos ajenos, Joe.

—Ah, comprendo... Pero ¿ya sabe quiénes son?

—Los reconocería inmediatamente, si pudiera verles. Pero, al menos, sé sus nombres y quizá Solly pueda darme alguna pista.

—Dígamelos, jefe. Yo conozco a mucha gente también. ¿Cómo se llaman?

—Kris Pullock y Audie Carl.

CAPÍTULO VII

—LO siento, jefe, la cosa no salió como esperábamos —dijo Pullock aquella misma mañana.

—La explosión se produjo a la hora en punto —añadió Carl—. No es culpa nuestra si ese maldito entrometido rescató a la chica antes de que la embarcación volase por los aires.

—Eso no importa ahora —dijo el tercer hombre que estaba en la habitación—. Lo que me pregunto es cómo llegó a saberlo.

Carl se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea —respondió.

Pullock se acarició el mentón con gesto pensativo.

—Espera... Quizá aquel tipo que estaba en la lancha contigua... Parecía dormir...

—Pero no dijimos nada que pudiera hacerle sospechar lo que iba a pasar —adujo Carl.

—Sí, tienes razón. —Pullock prefirió guardarse para sí el recuerdo de los comentarios que habían hecho al salir de la Carol. Seguramente, aquel tipo los había escuchado y...—. Bueno, jefe, ¿qué quiere ahora de nosotros?

—Nada, la culpa no es vuestra. Pero la policía os ha identificado, así que sería conveniente que os escondierais durante una temporada. Puesto que la chica no ha muerto, la pena no sería demasiado grave, por supuesto, pero os prefiero en la calle. Nos reuniremos aquí dentro de dos semanas, ¿entendido?

—Sí, jefe.

Los dos sujetos se dispusieron a marcharse. De pronto, el tercer individuo lanzó una exclamación:

—Ah, lo olvidaba —dijo—. ¿Queréis entregar este paquete al abogado Leardney? Bueno, no hace falta que subáis a su oficina; podéis dejarlo en conserjería... Es un libro de leyes que me prestó hace tiempo...

Carl soltó una risita.

—Le gusta estar enterado de lo que dice el código, ¿verdad?

—Nunca está de más, Audie.

—Sí, tiene razón. ¿Vamos, Kris?

Los dos hombres salieron de la casa. En el rostro del que se quedaba apareció de pronto una perversa sonrisa.

Luego, aquella expresión se transformó en una mueca de odio infinito. Alguien estaba interfiriendo sus planes y no podía permitirlo. Ya no se trataba solo del dinero que dejaba de ganar, sino de la herida que dos fracasos habían causado en su amor propio y que solo se curaría cuando el culpable lo hubiese pagado de una forma satisfactoria.

Pero antes tenía que resolver al asunto de Carol Tracy. También era un caso en el que entraba en juego su orgullo profesional. Tenía que resolverlo cuanto antes, se dijo; y empezó a pensar en la mejor manera de conseguirlo.

Al cabo de un rato, creyó haber dado con la solución.

* * *

El taxi llegaba a las inmediaciones del Black Snake, cuando, de pronto, vieron salir a dos hombres, uno de los cuales llevaba un paquete en las manos.

—¡Ahí están, Joe! —exclamó Lark.

—¿Son ellos, jefe? —preguntó Dickiss.

—Sí. Uno de ellos, sobre todo, no se me puede borrar de la memoria. Es el que entra ahora en el coche por el lado del conductor... Creo que es Pullock.

—Muy bien, señor Lark. ¿Qué hacemos ahora?

—Procure seguirlos sin que se den cuenta, Joe.

—Sí, señor.

—Alguien les pagó por poner la bomba en la embarcación de la señorita Tracy. Quiero encontrar a ese tipo, ¿comprende?

—No se preocupe, lo encontraremos.

Pullock puso en marcha su automóvil. Dickiss lo siguió a

prudente distancia.

A los pocos momentos, entraron en una amplia avenida. El tráfico no era demasiado intenso.

—Distánciese un poco. Simule como si buscara un número de esta calle —aconsejó Lark.

—Buena idea —convino Dickiss.

El coche de los forajidos se alejó. Repentinamente, Lark vio que el techo del vehículo saltaba por los aires.

Un cuerpo humano fue despedido fuera del coche, siguiendo a la portezuela de aquel lado. Las llamas brotaron casi en el acto del tanque de la gasolina.

Dickiss pisó el freno a fondo. El taxi coleó un poco, pero acabó por detenerse sin haber sufrido daños.

De súbito, ocurrió algo espeluznante.

Un hombre salió del coche en llamas, ardiendo de los pies a la cabeza. Chillaba horriblemente y agitaba uno de sus brazos frenéticamente. Lark, espantado, vio que le faltaba el otro brazo.

El sujeto dio unos pasos y cayó al suelo, en medio de un horrible estruendo de bocinas de automóvil y chillidos de neumáticos que se quemaban en el asfalto. Dos o tres coches chocaron entre sí, con gran fragor de planchas abolladas y cristales rotos.

La confusión era enorme. Dickiss estaba muy pálido.

—¿Ha visto, jefe?

Lark asintió sombríamente.

—Un bonito método para cerrar dos bocas comprometedoras, ¿no le parece, Joe?

—Absolutamente seguro —contestó el taxista—. Pero ya no podrá conseguir nada...

—Sí, aún podemos hacer algo, Joe. Vuelva al Black Snake. Esos dos tipos salieron de allí. Seguramente, estaban citados con el tipo que les contrató para poner la bomba en el barco.

* * *

Lark entró en el bar con paso natural y se sentó en un alto taburete. El barman se le acercó en el acto.

—¿Señor?

Lark parpadeó. El hombre tenía unos cincuenta años y era completamente calvo.

—Busco a Solly —dijo.

—Solly... —el barman emitió una amarga risotada—. Amigo, si Solly fuese una mujer, yo sería el marido traicionero.

—Vaya, le engañaba con otro, ¿eh?

—Por favor, no vaya a pensar mal de mí. Solo quise que se diera una idea de lo que pasa... Se marchó hace dos días, sin decir ni pío y, de propina, me «limpió» la caja registradora, más un par de miles que tenía guardados en un cajón.

—A eso le llamaría yo poner pies en polvorosa —dijo el joven—. ¿Tiene alguna noción de los motivos de Solly para largarse?

—No, aunque me imagino que debía de sentirse harto de estar aquí... No puedo decirle nada, sino que yo me siento muy fastidiado. Confiaba en él y... Bueno, como dijo Napoleón, «cría cuervos...»

—No fue Napoleón, sino Abraham Lincoln —contestó Lark, muy serio—. Hablando de todo un poco, ¿dónde podría encontrar a Solly?

—He llamado a su casa. Cuando me dijeron que se había marchado, sin dejar la dirección, comprendí que no debía esperar su regreso. Eso es todo lo que puedo decirle.

—Ya —murmuró Lark, muy pensativo—. Escuche, señor...

—Leysch, Andrew Leysch, pero puede llamarme Andy, sin más.

—Muy bien, Andy. Voy a pedirle un favor. Hace cosa de una hora, dos tipos salieron de aquí. Uno de ellos llevaba un paquete en la mano. ¿Recuerda al tercer hombre?

—¿Qué tercer hombre? —preguntó Leysch, vivamente sorprendido.

—Pues... el que estaba con ellos —dijo el joven.

—Lo siento, señor; esos dos tipos estuvieron solos todo el tiempo.

—¿Seguro, Andy?

—Segurísimo. Vinieron aquí y entraron en el reservado del fondo. Les serví dos tazas de café, estuvieron allí cosa de quince minutos y luego se marcharon. Por cierto, aún tengo que recoger el servicio...

—Vamos allá, Andy —propuso el joven.

Leysch le condujo hasta el reservado, en cuya mesa se veían las dos tazas vacías, una de ellas con un par de colillas de cigarrillo.

—Cerdos —dijo Leysch malhumoradamente—. Tenían un cenicero y...

De repente, lanzó una exclamación:

—¿Qué diablos es eso?

Lark miró en la misma dirección que el dueño del bar. Parte del diván que contorneaba el reservado por tres de sus costados, estaba apartado a un lado.

Lark terminó de separar el trozo de sofá y dejó al descubierto un oscuro agujero, de un metro escaso de altura por otro tanto de anchura. Al fondo, divisó un poco de luz.

Leysch se inclinó también.

—Eso da al patio donde guardo los trastos viejos —exclamó—. Señor, le juro que no tenía idea de que alguien hubiese hecho este agujero...

—Seguramente, lo haría Solly —dijo Lark—. ¿Tiene salida su patio trasero, Andy?

—Sí, señor; da a un callejón que desemboca en dos calles: la Veintiséis y la Veintisiete.

—Y habrá una puerta...

—De madera y con una cerradura muy sencilla.

Lark no quiso ir ya al patio trasero, porque sabía que no encontraría ninguna huella. El asesino había usado aquel pasadizo para entrar en el reservado, a una hora convenida, y sin que el dueño se enterase siquiera. Posiblemente, calculó, estaría aguardando en el interior del hueco, a que sus secuaces le dieran la señal para poder entrar sin ser visto.

Debía de ser un recurso para ocasiones comprometidas, porque otras veces había estado en el Black Snake hábilmente disfrazado. Pero Solly, sin duda, se había marchado por miedo y ahora no podía contar con su ayuda.

Las reflexiones del joven duraron escasos segundos.

—Gracias por todo, Andy. Siento que Solly le haya resultado un traidor.

—Aguarde a que le ponga la mano encima. Cuando termine con él, tendrá los huesos hechos puré, se lo juro —contestó Leysch rabiosamente.

Lark volvió al taxi.

—¿Alguna pista, jefe? —preguntó Dickiss.

Sentado en el asiento posterior, Lark cruzó las piernas. Al cabo de unos momentos, formuló una consulta:

—Joe, ¿no podrías indicarme la dirección de un buen detective privado?

—Podría llevarle a casa de Greg Shinner. Es el mejor de la ciudad...

—No, no, ese no. Puede que sea el mejor, pero cometió un fallo tremendo con mi amigo —acusó Lark—. Otro, por favor, Joe.

Dickiss puso el taxi en marcha.

—Le llevaré a casa de otro detective, no tan famoso, pero quizá tan bueno o mejor que Shinner. Muchos dicen que Shinner debe gran parte de su fama a un excelente servicio de autopropaganda, ¿me comprende usted?

Lark sonrió.

—No me extrañaría en absoluto —contestó.

* * *

—Lo que usted quiere de mí es muy difícil, señor Lark —dijo Orville Hears, a la vez que entrelazaba los dedos de sus manos—. No digo que no pueda conseguirlo, pero quizá cueste más de lo imaginado, y no solamente por la cuestión económica, sino por el tiempo. ¿Me comprende usted?

Lark asintió, a la vez que sacaba un cheque y lo ponía sobre la mesa del detective.

—Está a mi nombre, pero se lo endosaré a usted —dijo.

Hears leyó la cifra escrita y silbó.

—Es demasiado, señor Lark.

—Cuando haya terminado, devuélvame el sobrante —sonrió el joven—. Confío en usted; un buen amigo me ha hablado de su honorabilidad sin tacha.

—Vaya, eso es muy halagador para mí. ¿Puedo saber quién le ha dado tan excelentes informes de mi persona, señor Lark?

—Un taxista.

Hears se echó a reír.

—Suelen saber muchas cosas, en efecto —dijo—. Bien, usted quiere que yo trate de investigar quién desea la muerte de la señorita Tracy.

—Sé quién desea que muera esa muchacha. Lo que me interesa

es contratar al asesino, señor Hears.

El detective se rascó la mejilla izquierda con el pulgar.

—De un tiempo a esta parte, vienen ocurriendo en la ciudad cosas muy extrañas —dijo—. Varias personas, y puedo darle los nombres de todas ellas, han muerto misteriosamente, sin que se conozca al asesino. En todos los casos, se trataba de gente adinerada, que ha dejado verdaderas fortunas.

—Lo cual representa un sustancioso beneficio para los herederos.

—Exactamente. Sin embargo, y hasta ahora, no se ha podido probar que ningún heredero haya tenido que ver nada con la muerte de la víctima. El autor de esos asesinatos, actúa con suma habilidad y jamás deja el menor rastro.

—De eso puede estar usted seguro. Tiene cómplices, pero si sospecha que pueden delatarlo, los elimina.

—¿Cómo lo sabe usted?

Lark sonrió amargamente.

—He visto saltar por los aires a dos tipos que ayer pusieron una bomba en una embarcación. Habrá leído los periódicos, ¿verdad?

—Sí, pero ignoraba que esos dos individuos hubieran muerto...

—Todavía no hace tres horas que les explotó una bomba en el coche. Yo lo he visto, señor Hears.

—Es terrible... Bien, haré todo lo que pueda, señor Lark, aunque no le garantizo un éxito inmediato. Ese asesino —añadió el detective—, es un hombre de enorme inteligencia.

—Muy astuto y muy hábil con los disfraces.

Lark relató a Hears todo lo que había averiguado del asesino; de este modo, pensó, el detective contaba con una base más amplia para sus investigaciones.

—Sí —convino el detective, cuando Lark hubo terminado su narración—, es un hombre de una inteligencia muy refinada. Ha empleado todos los métodos posibles en sus crímenes: rifle, pistola, atropello en automóvil... El último, que yo sepa, fue cometido prácticamente en presencia de decenas de personas.

—¿Cómo lo hizo?

—La víctima se llamaba Edgar Arnold Willoughby y apareció sentado en el inodoro de los lavabos, con una herida que le interesaba el corazón y que se supone fue hecha con un estilete que

no tenía un centímetro en la parte más ancha. El crimen se cometió cerca de mediodía, en la piscina del High City Sport Club, de lo más selecto y exclusivo de la ciudad. No todos los que lo solicitan son admitidos como miembros, ¿comprende?

—Y Willoughby murió y nadie lo vio...

—Cuando se descubrió su cadáver, estaba ya frío, lo cual significa que el asesino había actuado más de una hora antes. La fortuna de Willoughby se calcula en siete u ocho millones de dólares. Beneficiario: su hijo adoptivo, el cual pudo demostrar concluyentemente la coartada. Si contrató a un asesino profesional, no se ha podido probar nada. Ese es el enemigo con el que tenemos que luchar, señor Lark —concluyó Hears.

El joven se puso en pie.

—Averigüe todo lo que pueda —pidió.

Hears hizo un gesto de aquiescencia.

—Lo intentaré —repuso.

CAPÍTULO VIII

EL hombre había salido del cine y caminaba tranquilamente por la acera, cuando, de pronto, notó cierto contacto en un costado.

—La «pasta», pronto —pidió el tipo que se había situado a su lado.

Dee Thomas se volvió. Bajó la vista un poco y vio la navaja que se apoyaba en su costado izquierdo. El atracador parecía joven y usaba unos lentes de cristales verdosos y un mostacho que le llegaba hasta los bordes de la mandíbula inferior. Mascaba chicle y vestía una cazadora con numerosos adornos pegados en el cuero. Los pantalones eran téjanos, muy ajustados. El pelo quedaba peinado a lo «afro», aunque la piel del ladrón era muy blanca.

—Perdone, pero llevo poco dinero... —dijo Thomas.

—Vamos, suelta la cartera ya o te rajo.

Thomas se resignó. La gente pasaba por su lado, pero nadie parecía darse cuenta de que estaba siendo atracado.

Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó la cartera. El ladrón se apoderó de ella sin el menor escrúpulo.

—Y ahora, viejo, vete al infierno —dijo, a la vez que empujaba la navaja a fondo.

Thomas lanzó un pequeño grito y se llevó la mano al lugar donde había sentido el dolor. Al retirarla, vio sangre. Inmediatamente, se sintió desfallecer.

El ladrón echó a correr y se perdió rápidamente entre la multitud. Thomas se tambaleó.

—¡Socorro...! ¡Policía, me han herido...!

Cavó al suelo y la gente se arremolinó a su alrededor. Thomas

empezó a verlo todo borroso.

—Me... muero... —gimió.

* * *

Dormía placenteramente y, de pronto, empezó a soñar que viajaba en una motocicleta todo terreno, corriendo un «rally» por terreno montañoso. La moto rugía con fuerza en las pendientes agudas y el estruendo se atenuaba un tanto en los descensos.

Al cabo de un rato, despertó, pero el fragor de la moto continuó llegando a sus oídos. Lo primero que pensó Carol fue que alguien había tomado el jardín de su casa como terreno para sus entrenamientos en alguna carrera.

Indignada, se levantó, metió los pies en unas zapatillas y se puso la bata. Luego corrió hacia la ventana, levantó el bastidor y sacó medio cuerpo fuera, apoyando ambas manos en el antepecho.

—¡Eh, usted! —gritó—. ¿No puede parar ese maldito vehículo?

De pronto, se dio cuenta de que no había ninguna motocicleta en el jardín. El hombre, de espaldas a ella, manejaba una sierra a motor con singular maestría.

—¡Ken! —llamó.

El estruendo de la motosierra apagó su voz. Carol se retiró un momento, miró a su alrededor y, al fin, vio una caja de cigarrillos.

Algo cayó a los pies del leñador. Lark paró el motor de la máquina, se enderezó y volvió la cabeza hacia arriba.

—¡Buenos días! —saludó alegremente.

—Pero qué está haciendo ahí —exclamó ella.

—Bueno, le prometí trocear el abeto... Carol, avíseme cuando esté listo el desayuno. Ponga cubiertos para tres.

—¿Tres? ¿Quién más viene con usted, Ken?

—Nadie. Pero yo suelo desayunar por dos —contestó el joven con una atronadora carcajada.

Carol contuvo una sonrisa.

—Está bien, Ken; le avisaré dentro de treinta minutos. Quiero prepararle yo misma el desayuno.

—No queme demasiado el jamón —gritó él, cuando la muchacha ya se había retirado al interior de su dormitorio.

Tres cuartos de hora después, Carol, estupefacta, vio el plato de su invitado completamente limpio. Lark había devorado cuatro

huevos con jamón, un montón de tostadas con mermelada y mantequilla y había despachado dos enormes vasos de jugo de naranja y una jarra de leche. Sin embargo, al terminar, no hizo ningún gesto grosero, ni eructó ruidosamente, como ella había temido en un principio.

Lo único que hizo Lark fue darse unas palmaditas en el estómago.

—Esto marcha —dijo—. Ya hemos puesto combustible a la máquina. Bueno, ahora, continuaré la tarea...

Carol alargó una mano.

—Espere un momento, Ken —pidió—. Quiero que me cuente cosas de usted mismo.

—Tengo que hacer leña...

—Aún quedan cuatro o cinco meses, antes de que encienda la chimenea —rio la muchacha—. Dígame, ¿qué hace usted en concreto cuando no está de vacaciones?

—Bueno, corto árboles, me ocupo del transporte, vigilo las operaciones de aserrado, evito las enfermedades de los árboles en lo que puedo, cuido del bosque, repongo los árboles cortados...

—En resumen, es una especie de capataz.

—Sí, así podría definirse mi puesto en la empresa. Claro que no estoy solo... Hay un laboratorio y los químicos y los botánicos me indican siempre lo que debo hacer, y yo respeto sus dictámenes, claro.

—¿Le gusta esa vida, Ken?

—Sí —contestó él—. Prácticamente, vivo siempre al aire libre, en contacto con la naturaleza. No me tome por un chiflado, pero el bosque es mi pasión. Nací allí... Sí, sí, en pleno bosque; parece que mi llegada se anticipó en unas horas y mi padre no tuvo tiempo de llevar a su esposa al hospital.

—Una historia muy bonita —elogió ella—. ¿Viven sus padres?

—Él ya está retirado. También era leñador, como yo.

—Le felicito. Yo perdí a los míos hace varios años...

Había una nota de tristeza en la voz de Carol. Lark le dirigió una mirada de simpatía.

—Carol, si un día se le ocurre ir al Norte, venga a verme. Le enseñaré un pequeño bosque de secoyas, algo maravilloso, como no ha visto en los días de su vida. Quedaré encantada, se lo aseguro.

Los ojos de la muchacha chispearon.

—Iré, se lo prometo, Ken. Si... si es que me dejan, claro.

Lark comprendió el significado de aquella respuesta. Pero no pudo decir nada, porque, en aquel momento, una doncella anunció a la joven que había un hombre que deseaba visitarla.

—Parece ser que quiere ocupar el puesto del pobre señor Thomas, señorita —añadió la doncella.

—Oh, es cierto, casi lo había olvidado...

—¿Pasa algo, Carol? —preguntó el joven.

—Anoche, un ladronzuelo hirió a Dee Thomas. Es mi chófer y jardinero, y también se ocupa de algunos asuntos de la casa. Tenía la tarde libre y se fue al cine. A la salida, el ladrón le robó la cartera y le pegó un navajazo. Por fortuna, no es una herida grave, aunque sí tendrá que pasar algunas semanas en el hospital. Luego iré a verle...

—Lo lamento de veras —dijo Lark.

—Ese hombre, supongo, viene a ocupar el puesto de Thomas —añadió la muchacha—. ¿Me permite?

—Claro, está en su casa.

Carol se volvió hacia la doncella.

—Daisy, hágalo pasar, por favor.

—Sí, señorita.

El hombre entró momentos después. Vestía modestamente, aunque con notable corrección, y era de mediana edad, algo encorvado de hombros, casi calvo y con unas abundantes patillas en los lados de la cara, un tanto redonda.

—Me llamo Hays, Digby Hays, señorita —se presentó el sujeto—. Me avisaron en la agencia que usted necesitaba un empleado... Tengo buenas referencias y puedo mostrárselas...

—Gracias, señor Hays —respondió Carol—. Le presento al señor Lark, un buen amigo mío.

Hays hizo una cortés reverencia.

—Celebro conocerle, señor Lark —dijo.

El joven contestó con un leve movimiento de cabeza. Luego se puso en pie.

—Carol, usted tendrá que concretar ciertos detalles con el señor Hays —manifestó—. Con su permiso, voy a continuar la tarea interrumpida.

—No se fatigue, Ken —sonrió ella.

—Estoy acostumbrado. Señor Hays...

—Llámeme Digby, señor Lark —contestó el aludido—. Usted también, por supuesto, señorita Carol.

Lark salió al jardín de nuevo. Contempló el abeto unos momentos y luego puso en marcha el motor de la sierra mecánica.

Durante unos minutos, se abstraído por completo en su tarea. Pasado un rato, se dio cuenta de que faltaba combustible en el depósito de la motosierra y paró el motor. Había traído consigo los elementos necesarios y se aplicó a la tarea de rellenar el tanque.

Se preguntó qué pensaría Hays de la amistad de Carol con un simple leñador. Hays, sin embargo, parecía el prototipo del sirviente correcto, acostumbrado a no pestañear siquiera ante las mayores extravagancias de sus amos. A otro cualquiera le habría sorprendido enormemente ver a una muchacha tan distinguida, desayunando en compañía de un rudo trabajador, vestido con pantalones de faena y camisa a cuadros.

—Y si fuera invierno, llevaría, además, gorro de lana con borla —rio para sí.

Hays debía de entender de jardinería, se dijo. Sin embargo, le daría algunos consejos. El jardín tenía un par de docenas de árboles, plantados muchísimos años antes, la mayoría abetos. Dos o tres eran muy viejos y era preciso cortarlos antes de que el día menos pensado se derrumbarán por sí solos y provocaran alguna pequeña catástrofe.

Por cierto, Hays había acudido muy pronto. Thomas había sido atacado la víspera, al atardecer... ¿Tanto necesitaba Carol de un jardinero, para pedir su suplente inmediatamente?

Frunció el ceño. El hecho se le antojó muy extraño. Carol, sin embargo, no parecía haberse sorprendido de la llegada de Hays. Si su sirviente había resultado herido por la tarde, ¿a qué hora había llamado ella a la agencia para pedir un sustituto?

El asunto se le antojaba cada vez más oscuro. A fin de solucionarlo, se acercó a una de las ventanas.

La doncella que les había servido el desayuno estaba limpiando el polvo de la estancia. Lark tocó en los cristales de la ventana.

Ella volvió la cabeza y se acercó con la sonrisa en los labios. Levantó el bastidor y le hizo una pregunta clásica:

—¿Puedo servirle en algo, señor Lark?

—Daisy, Thomas está herido, creo.

—Sí, señor, pero se curará...

—Oiga, ¿quién llamó a la agencia para que enviaran un sustituto?

—No lo sé, señor. Cuando nos avisaron de que el señor Thomas estaba herido, la señorita corrió al hospital para verle. Volvió a casa y sé que la llamaron más tarde de la agencia y ella dio su conformidad a que le enviaran un sustituto.

—¿A qué hora recibió esa llamada? ¿Lo sabe usted, Daisy?

—Sí, creo que fue a las nueve de la noche, señor.

Lark se mordió los labios un momento. Luego miró a la criada.

—¿Dónde está ella ahora, Daisy?

—En su gabinete particular, señor. Creo que fue allí con el señor Hays, para concretar las condiciones económicas de su empleo...

El joven inspiró con fuerza. «¡Qué idiota he sido!», se apostrofó a sí mismo.

El asesino ya estaba en casa. Quizá, en aquellos momentos, Carol había muerto ya.

—Si es así, lo partiré por la mitad...

—¿Cómo? —exclamó Daisy.

—No, nada, no se preocupe, muchas gracias.

Lark se separó de la ventana.

—He dicho partirlo por la mitad... —murmuró.

¿Qué clase de arma iba a emplear el asesino? ¿Puñal, pistola, una bomba de tiempo?

De pronto, se fijó en la motosierra. Dio un par de zancadas y levantó el aparato, bajo la atónita mirada de Daisy, que no comprendía nada de lo que estaba sucediendo.

No se molestó en entrar por la puerta. Metió primero la máquina y luego se coló de un salto en el interior.

—Daisy, guíeme al gabinete de la señorita —pidió.

—Sí, señor, al momento.

La doncella caminó delante de Lark y se detuvo poco después delante de una puerta. Lark preparó la motosierra.

—Daisy, abra, pero muy despacio —solicitó en voz baja.

Si se equivocaba, pedida disculpas a Carol, pensó.

La doncella abrió la puerta sin hacer el menor ruido. Con la

mano izquierda, Lark le hizo señales para que se apartara a un lado.

El joven se situó en el umbral. De una sola ojeada, captó la situación.

Carol estaba de espaldas a la puerta, situada ante una estantería con libros. Digby Hays también daba la espalda a la entrada, pero aparecía ocupado en una labor muy distinta.

Lark le vio con las manos ligeramente levantadas, la izquierda enroscando un tubo largo y grueso en el cañón de un revólver. Hasta aquel instante, Carol no se había dado cuenta de las manipulaciones a que se entregaba el sustituto de Thomas.

El joven se preparó para la acción. Puso en marcha el motor y el estrépito de la máquina resonó atronador en un espacio relativamente pequeño. Terriblemente sobresaltados, Carol y Hays se volvieron al mismo tiempo.

Lark y Hays se contemplaron durante un instante. Lark adivinó una furia sin límites en los ojos del supuesto sirviente. Hays tenía aún las dos manos en el arma. El silenciador, a lo que parecía, no había sido ajustado por completo al cañón del revólver.

Carol adivinó lo que sucedía y el horror surgió en su mirada instantáneamente. De pronto, Lark vio que la mano izquierda de Hays se movía muy despacio.

—No lo haga —aconsejó—. Antes de que caiga, alcanzado por una de sus balas, tendré tiempo de tirarle la motosierra.

Lark giró ligeramente y se situó de costado, con el pie izquierdo adelantado y los brazos un tanto replegados, como para tomar impulso a fin de realizar lo que había anunciado. En el rostro de Hays había odio, pero también se apreciaba el miedo.

—Créame, la motosierra lo partiría por la mitad, pero de arriba abajo —añadió Lark—. Tire el arma, es lo único que puede hacer.

Hubo una corta pausa. El ruido del motor continuaba oyéndose, potente, rítmicamente. Lark se dio cuenta de que Hays no pensaba ceder.

Inesperadamente, ocurrió algo sorprendente. Un jarrón voló por los aires y se estrelló contra la mano armada de Hays.

El jarrón se rompió en mil pedazos, mientras el arma era arrancada de la mano de Hays. Este reaccionó con singular rapidez y, dando media vuelta, se precipitó hacia la ventana más próxima, a través de la cual se lanzó de cabeza, aunque protegiéndose el rostro

con los brazos.

Cayó al otro lado, ágilmente, dio una voltereta, se incorporó y salió disparado hacia el borde del jardín. Lark, sorprendido por los acontecimientos, tardó algunos segundos en reaccionar. Paró la motosierra, la dejó en el suelo y se lanzó en persecución del asesino, pero había perdido un tiempo precioso y no pudo alcanzarlo.

CAPÍTULO IX

CUANDO regresaba a la casa, después de una infructuosa persecución, vio algo en el suelo y se inclinó para recogerlo. Apoyándose en el antepecho de la ventana, se lo enseñó a Carol, cuyo rostro no había recobrado aún su color natural.

—Una de las patillas de Hays —dijo sonriendo.

—Estaba disfrazado...

—Rellenos de ropa y también dentro de las mejillas; patillas falsas y seguramente calva simulada. Incluso puede que llevase lentillas coloreadas, a fin de ocultar el verdadero tono de sus pupilas. No cabe duda; estamos ante un maestro de la caracterización.

—Ken, aún no puedo creer que esté viva —dijo Carol—. De no haber sido por ti, ese individuo habría conseguido sus propósitos.

—Puedes estar segura de ello —respondió Lark.

—Sí, pero corría un gran riesgo al matarme aquí, a estas horas...

—¿De veras? Nadie hubiera oído el disparo y él, inmediatamente, habría salido del gabinete, dejando la puerta cerrada. «La señorita no quiere que se la moleste durante media hora... Volveré pronto...» Daisy habría asentido, él se hubiera marchado tranquilamente y, a doscientos pasos de aquí, se habría quitado los elementos de su disfraz. Así de sencillo. Carol.

Daisy llegó en aquel momento con una bandeja en las manos.

—He creído que necesitaría un poco de café, señorita —dijo.

—Sí, es cierto. Muchas gracias, Daisy.

—Ha sido algo espantoso... Todavía me tiemblan las piernas, señorita. Si no hubiera sido por ese leñador tan valiente...

Carol miró al joven y sonrió. Lark se apoyó con ambas manos en el antepecho, para entrar de nuevo en el gabinete.

El revólver yacía en el suelo. Lark examinó la carga.

—Seis balas. Con una habría tenido más que suficiente —dijo. Se volvió hacia la muchacha—. Carol, a pesar de que has pasado miedo, supongo, tuviste la serenidad suficiente para tirarle un jarrón.

—No quería que te hiciese nada —contestó ella—. Además, también defendía mi propia vida.

—Tendrás que seguir defendiéndola durante un tiempo, hasta que pueda localizar a ese miserable —dijo Lark ceñudamente—. Debes contratar un par de guardaespaldas. No puedes estar así, en estas condiciones, corriendo el riesgo a cada momento de que aparezca el asesino para intentar matarte. Tres veces lo ha intentado y las tres ha fracasado, pero podría suceder alguna vez que sus esfuerzos tuvieran éxito.

—No contrataré guardaespaldas, leñador —respondió Carol firmemente—. ¿Cómo puedo fiarme en otras personas? ¿Cómo sabré que uno de esos guardaespaldas no es el asesino? Sufriría mucho más, pensando en que cualquiera de esos individuos podía matarme en cualquier momento.

—Eso está bien pensado, pero tendríamos que hacer algo, ¿no te parece?

—¿Qué se te ocurre a ti, Ken?

Lark abrió los brazos.

—No lo sé. Y tampoco pasarme la vida a tu lado.

Una brillante sonrisa apareció en los labios de la joven.

—No lo pasarías tan mal, siempre a mi lado, leñador —dijo.

El joven retrocedió un paso.

—Cuidado —dijo aprensivamente—. No... yo estoy bien como hasta ahora. No... no me demuestres tu gratitud al estilo chino.

—¿Cómo es ese estilo, leñador?

—Bueno... cuando uno salva la vida a una persona... esta se siente obligada a servir al salvador el resto de sus días... Dime gracias solamente y estaremos en paz.

* * *

—Señor Lark, aquí la recepción. Hay un caballero que desea

verle, el señor Orville Hears.

—Ah, sí, hágale subir inmediatamente, por favor. Muchas gracias.

—A usted, señor.

Hears entró en la habitación momentos después. Lark le ofreció un vaso con whisky y un par de cubitos de hielo.

—Siéntese, Orville. Parece un poco acalorado...

Hears sacó un pañuelo y se enjugó el abundante sudor de su frente.

—Hace un calor de todos los diablos —masculló—. Prácticamente, no he parado un segundo desde que vino a verme... Tengo varios agentes y a todos los puse en movimiento para su asunto...

—¿Faltará dinero todavía, Orville?

—Oh, no, señor —sonrió Hears—. Eso no debe preocuparle.

—Muy bien, entonces, empiece a hablar.

Hears metió la mano en un bolsillo y sacó una agenda. Empezó a leer:

—Fulton Mighser está en una situación económica lindante con la catástrofe. Ha especulado en Bolsa, perdiendo hasta las orejas. Para reponer sus pérdidas, no se le ocurrió otra cosa mejor que apostar en las carreras. Naturalmente, empleó el dinero de sus clientes. Pero ese dinero se le fue con tanta rapidez como vencían en las carreras los caballos a los que nunca apostaba. Usted me entiende, ¿verdad?

El joven sonrió.

—Perfectamente, Orville. ¿Qué más?

—Eso es, prácticamente, casi todo. Salvo un par de detalles más que, supongo, pueden interesarle.

—Continúe, se lo ruego.

—Bueno, he averiguado que Mighser fue en un par de ocasiones a visitar a un colega mío, Greg Shinner. Creo que usted lo conoce.

—¡Shinner! —repitió el joven—. No he tratado con él, pero le conozco, en efecto. Como dijo el otro, «mucho ruido y pocas nueces». En la investigación sobre las actividades de mi amigo Stone, actuó desastrosamente...

—Sí, eso tengo entendido. No es que quiera dárme las de superhombre, pero yo no hubiera dejado por remover una sola

piedra en Tacoma, señor.

—Desde luego. Orville, ¿para qué visitó Mighser a su colega?

—No he podido averiguarlo, aunque me imagino que esas dos entrevistas tendrían alguna relación en la investigación que la señorita Tracy encargó a Shinner.

—Es curioso —comentó el joven—. Según tengo entendido, Shinner informó a su cliente sobre el excelente estado económico de Mighser.

—Bueno, se dejaría engañar por este... La realidad es muy distinta, créame.

—No tengo la menor duda, Orville. ¿Algo más?

—Sí, señor. He conseguido averiguar dónde vive Solly Pascoe.

—¿El barman del Black Snake?

—El mismo, señor Lark.

—Eso es muy interesante, Orville.

—Y usted que lo diga. He llegado a saber que Pascoe vive en un estado de terror poco menos que continuo. No sé por qué, pero teme a algo o a alguien... No sale de su casa, no abre la puerta a nadie...

—Quizá me la abra a mí —sonrió el joven—. Gracias por todo, Orville.

Hears apuró el whisky y se puso en pie.

—He anotado la dirección de Solly —dijo, a la vez que depositaba un trozo de papel sobre la mesa.

—Perfectamente, muchas gracias. Ah, una consulta, por favor.

—Dígame, señor Lark.

—Orville... ¿consideraría usted ético investigar las actividades de un colega de profesión?

—Depende —respondió el detective.

—¿De qué, por favor?

—Si hay sospechas muy fundadas de que ha cometido algún delito, entonces, no, desde luego, no iría contra la ética de la profesión. Al contrario, nos interesa que todos los miembros de este oficio sean personas perfectamente honorables.

—Muy bien, Orville; estoy completamente de acuerdo con usted. Pero encuentro muy raro que informase a la señorita Tracy del buen estado de las finanzas de su tío, mientras que usted afirma todo lo contrario. ¿Por qué tuvo que hacer tal cosa? ¿Acaso Mighser le

sobornó para que diera un buen informe a su sobrina?

—Si lo sobornó, no lo hizo con un par de cientos precisamente. Shinner cobra muy caros sus servicios, señor Lark.

—Entonces, tendré que ir yo a hablar personalmente con él. Aunque antes me interesa encontrar a Pascoe. Gracias por todo, Orville.

Hears se fue hacia la puerta. Con la mano en el pomo, se volvió y miró fijamente al joven.

—Tampoco a mí me gusta que Shinner engañase a la señorita Tracy —se despidió.

CAPÍTULO X

DICKISS dormía con la cabeza reclinada junto a la ventanilla y un periódico tapándole la cara. Lark retiró el periódico.

—Andando, Joe, tenemos trabajo —exclamó.

Dickiss se despabiló inmediatamente.

—¿Algo nuevo, jefe?

—He localizado al barman del Black Snake.

—Solly, ¿eh? Ese tipo no me gustó nunca. Era de los que agarraba un billete de dólar y lo exprimía, hasta que soltaba la tinta de imprenta.

—Hay muchas personas tacañas en este mundo, Joe —filosofó el joven.

—Pero muy pocas como Solly. Verá, jefe, muchos encargados de bar te proporcionan viajes... Como, por otra parte, les llevas también clientes, nunca dejan de invitarte a una copa o darte medio «pavo» de propina, según sea la clase de cliente, ¿comprende? Solly no me dio nunca ni los buenos días.

—Sería que le llevaba los clientes por la noche —rio Lark.

Dickiss soltó un bufido.

—Ruín, vengativo, peleón... Hubo ocasiones en que alguien me pidió lo llevase al Black Snake y yo me negué, por no proporcionarle un cliente a Solly.

—Solly no era el dueño, Joe.

—Así marchaba el negocio. Cualquier día, iban a tener que cerrar... Pero si Solly se ha despedido, la cosa puede que cambie... Bueno, ¿dónde está ese pajarraco? Le aseguro, señor Lark, que si no fuese por usted, no haría este viaje.

Lark leyó la dirección que le había facilitado Hears.

—¡Madre mía! —se asustó el taxista—. ¿Por qué no pide un batallón de «marines» como escolta? Ir a ese barrio... Bueno, sé de varios policías que se fueron voluntarios a Vietnam decían que buscaban paz y tranquilidad y que detestaban la guerra... Por eso no querían patrullar por ese barrio, ¿comprende?

El joven lanzó una estentórea carcajada.

—Es usted un tipo magnífico, Joe. Me acordaré siempre de usted, créame

—Y yo también, señor Lark; no volveré a encontrar otro cliente de su categoría —contestó el taxista.

Media hora más tarde, Lark pudo comprobar que Dickiss no había exagerado apenas. Cuando se apeó del vehículo, miró a su alrededor.

—Espéreme, Joe.

—Sea breve. Mire mis pelos, ya se me empiezan a poner de punta.

—Descuide.

Lark entró en la casa. Había dos tipos mal encarados en el umbral. Uno de ellos se limpiaba las uñas con una navaja de pavorosas dimensiones. Lark ignoró a los dos sujetos y subió la escalera, salvando los peldaños de cuatro en cuatro.

La puerta del apartamento de Solly no estaba cerrada con llave. De todos modos, Lark no pensaba molestarse en llamar; la habría derribado cargando con el hombro, pero no fue necesario.

Diez segundos después, supo que Solly Pascoe ya no hablaría.

—Lo pasaste muy mal —murmuró, mientras contemplaba el delgado cable de acero que el sujeto tenía en torno a su cuello, profundamente hundido en algunos puntos de la carne.

Apartó la mirada. El aspecto que ofrecía Solly, después de estrangulado, no tenía nada de agradable.

No se molestó en registrar el apartamento. Estaba seguro de que el asesino no había dejado el menor rastro.

Cerrando con todo cuidado, emprendió el descenso de nuevo. Cuando llegó a la calle, vio a los dos tipos situados a ambos lados del taxi.

Uno de ellos apuntaba con su navaja a la garganta de Dickiss. El otro paseaba un punzón de veinticinco centímetros por uno de los

neumáticos delanteros.

—De modo que no has hecho nada de recaudación —dijo el que estaba junto a Dickiss—. ¿Esperas que nos creamos esa fábula, hermano?

—¿Le pincho la rueda, Burt? —consultó el del punzón.

Lark le tocó en el hombro.

—Muchacho —dijo suavemente.

El sujeto se volvió en el acto. Un puño, que parecía el pistón de una prensa hidráulica, le alcanzó en el mentón. El matón puso los ojos en blanco y se desplomó en el suelo instantáneamente.

El otro agarró a Dickiss por los cabellos y puso la navaja en su cuello.

—Hermano, si mueve una sola pestaña, le rebano el pescuezo —dijo.

—Está bien, está bien... Joe no ha ganado nada todavía, porque lo tengo alquilado para todo el día. Pero es un buen amigo y no quiero que le hagas el menor daño —dijo Lark—. Toma, ahí tienes para que te compres lo que quieras.

El joven metió la mano en el bolsillo y sacó unos billetes, que echó al otro lado del coche. El hampón lanzó un aullido de alegría y se precipitó hacia los papeles verdes que revoloteaban por el aire, dejando suelto al taxista.

—Larguémonos —gritó Dickiss.

—Espere un momento, Joe.

Lark tomó impulso y, con las manos extendidas, saltó por encima del motor, cayendo al otro lado. Al voltear, golpeó al matón y lo tiró por tierra.

El sujeto se levantó blasfemando al darse cuenta de que había caído en una trampa. Recobró la navaja y se dispuso a atacar a Lark.

—Te voy a echar las tripas fuera...

El joven sonrió.

—Ven, bravucón, acércate —invitó.

—¡Cuidado, jefe! —chilló Dickiss, aterrado.

El hampón se lanzó contra Lark. Este se apoyó con los codos en la aleta del coche y, levantando las dos piernas, las disparó con indescriptible violencia contra su atacante. Alcanzado de lleno, el sujeto voló por los aires unos cuantos metros, antes de caer al suelo.

sin conocimiento.

Un montón de críos de diez a doce años emitió una serie de atroces alaridos, mientras se precipitaban sobre los billetes que el matón no había podido recoger. Lark penetró en el taxi y Dickiss arrancó como si le persiguiese el diablo.

—He pasado un miedo espantoso —confesó—. Ya pudo ver que no exageraba cuando le dije que este barrio es un frente de batalla continuo.

—Sí, lo he visto —respondió Lark, muy serio—. Las grandes ciudades tienen estos horribles defectos.

—Y to peor es que no hay quien los cure —se lamentó el taxista—. Bien, ¿qué le ha dicho Solly, si no es indiscreción?

—No podía hablar. Estaba afónico.

—Hombre, al menos, podría haberle dado las respuestas por escrito, digo yo.

—Tenía un cable de acero en torno al cuello, Joe.

—¡Jesús! —se espantó Dickiss.

* * *

Daisy abrió la puerta y sonrió al ver al visitante.

—Buenas noches, señor —saludó.

—Leñador —corrigió Lark.

—Sí, señor, como quiera —repuso la doncella—. Desea visitar a la señorita Carol, supongo.

Lark consultó la hora.

—¿Llego a tiempo para la cena?

—Pondré otro servicio, señor.

—Gracias, Daisy.

Lark sonrió para sí, mientras avanzaba a través del enorme vestíbulo. Carol se hallaba en un salón, repasando unos documentos.

—¿Estorbo? —preguntó el joven.

Carol levantó la cabeza y sonrió.

—En absoluto —dijo—. ¿Tienes noticias?

—Algunas, Carol.

—Muy bien. Te serviré algo de beber, leñador.

La joven fue hacia un bar y llenó una copa, que entregó al visitante.

—Tú no tomas —observó Lark.

—No me apetece en estos momentos, Ken. ¿Quieres sentarte?

Lark se recostó en un diván. Probó el contenido de la copa, chasqueó la lengua y fijó la vista en la dueña de la casa.

—Mañana iré a hablar con Greg Shinner —manifestó.

—¿Por qué?

—Hay algunas cosas que me intrigan de ese sujeto. Por ejemplo, cuando hizo la investigación para buscar datos sobre mi amigo Henry Stone, apenas si dio unos cuantos pasos sin importancia en Tacoma. Tenía que haber comprobado que Henry decía la verdad, pero no lo hizo.

—Quizá no le pagaron lo suficiente...

—Henry hizo un depósito de dinero para su defensa, suficiente para pagar a un centenar de abogados y otros tantos detectives. Si yo no hubiera aparecido con aquella fotografía, Henry estaría ahora condenado a cadena perpetua.

—Bien, pero se salvó y eso es lo importante. ¿Algo más?

—Sí. Hay otro detalle que también a mí me preocupa muchísimo. Shinner te dijo que la situación de tu tío Fulton es excelente.

—En efecto, aunque no he dejado de tener en cuenta algunos de los motivos que tú mencionaste en cierta ocasión: celos, frustración...

—Carol, siento tener que darte una mala noticia. La situación económica de tu tío bordea la quiebra más absoluta.

Ella se puso una mano en el pecho.

—¿Estás seguro?

—Confío en la persona que me ha facilitado esos informes —respondió Lark.

—¿Quién es, por favor?

—Un detective privado...

—También Shinner lo es, Ken.

—Pero yo tengo derecho a dudar de Shinner, después de su desastrosa actuación como investigador en el caso de mi amigo.

—Es decir, afirmas que me engañó.

—A sabiendas o no, pero te engañó.

—Si lo hizo a sabiendas, ¿por qué motivo, Ken?

—Muy posiblemente, por dinero.

—¿Dinero?

—Tu tío Fulton le ha visitado en un par de ocasiones. Sospecho que sobornó a Shinner para que diera buenos informes suyos.

Carol agitó las manos.

—Espera un momento, Ken —pidió—. Lo que acabas de decir resulta incongruente. Si mi tío está en la ruina, ¿cómo se comprende que pudiera sobornar a un hombre como Shinner?

—Bueno, no es una ruina como para andar ahora mismo por las esquinas, pidiendo limosna. Siempre le quedarán algunos miles de dólares... y habrá intentado una jugada desesperada.

—Si sobornó a Shinner, tuvo que darle una suma considerable, Ken. Shinner es un personaje famoso en la ciudad y cobra unos honorarios altísimos. Tengo motivos para saberlo —respondió Carol.

—Muy bien, como sea, y en cierto modo, no importa demasiado, Shinner te engañó. Tu tío puede arriesgar sus últimos fondos, con tal de obtener luego el beneficio de tu fortuna.

La joven sonrió.

—Dudo mucho de que lo consiga —respondió.

—Yo también pienso así. Carol, ten cuidado.

—¿Por qué?

—El asesino empieza a ponerse nervioso. Tenía cómplices y debe de pensar que podían descubrirle. Por eso mató a los que pusieron la bomba en tu barco.

—Es un ser desalmado...

—No lo dudes. Más todavía: tenía otro cómplice en el Black Snake, el barman y encargado. Lo ha asesinado también.

Carol sintió un escalofrío.

—He estado muy ocupada durante el día. No he oído las noticias de la radio —declaró.

—Si han dicho algo, lo habrán achacado a un ajuste de cuentas entre hampones. Solly Pascoe tenía una reputación pésima —dijo Lark.

—Bueno, dormiré con un revólver bajo la almohada —sonrió la muchacha—. Por cierto, quiero pedirte un favor, Ken.

—Claro, lo que sea —accedió él.

—Ven mañana, a las seis de la tarde.

—¿Para qué?

—No seas impaciente y lo sabrás entonces.

—Muy bien, vendré a las seis. Pero tengo que terminar de partir el árbol...

Carol rio alegremente.

—No te preocupes, hay tiempo de sobra —contestó.

La puerta de la sala se abrió en aquel momento.

—La cena está servida, señorita —anunció Daisy.

—Muy bien, leñador, ¿me acompañas a la mesa?

Carol se colgó del brazo de Lark. Luego dirigió una mirada a la doncella.

—Daisy, el señor Lark es hombre de mucho apetito —dijo.

—Lo sé, señorita, y la cocinera lo sabe también —contestó la criada sonriendo maliciosamente.

CAPÍTULO XI

LARK parpadeó de asombro al encontrarse en aquella lujosa oficina, decorada en tonos suaves y con muebles de aspecto futurista. El suelo estaba espesamente alfombrado en color oro viejo. Los asientos tenían el respaldo de terciopelo rojo vivo. Una recepcionista, elegantemente vestida, le atendió de inmediato.

—Deseo hablar con el señor Shinner —manifestó el joven, a la vez que tendía una tarjeta de visita—. Sé que no tengo hora concedida, pero... hágame el favor de solicitarle la entrevista.

—Lo intentaré, señor —contestó la empleada.

Una mampara transparente separaba la oficina, en donde varias mujeres, todas ellas jóvenes y atractivas, parecían trabajar intensamente, bajo la dirección de un hombre de mediana edad, que Lark supuso sería uno de los principales colaboradores del detective. No cabía duda, Shinner tenía una reputación y sabía cuidarla.

La recepcionista vino a los pocos momentos y sonrió graciosamente.

—El señor Shinner accede a recibirle, señor Lark, aunque me ha encargado le advierta ha tenido que buscar un hueco entre sus numerosos compromisos, por lo que no podrá dedicarle más de diez minutos.

—Sobrarán... diez segundos —rio el joven—. Gracias, preciosa.

Momentos después, Lark era introducido en un despacho, cuyo lujo superaba largamente al resto de la decoración. Detrás de una enorme mesa, había un hombre a quien ya conocía y que le recibió con una sonrisa de anuncio de dentífrico. El cabello, muy rubio, de

Shinner, contrastaba con el tono moreno de su rostro. Tanto en el color del pelo como en el de la epidermis, se dijo Lark, había una buena dosis de artificialidad.

—Tengo mucho gusto en saludarle, señor Lark —dijo el famoso detective—. Dígame, ¿en qué puedo servirle?

—Voy a ser muy breve —manifestó el joven—. Solo un par de preguntas, aunque, naturalmente, su tiempo tiene un valor monetario, que me indicará después.

Shinner hizo un vago ademán.

—Eso no tiene importancia —repuso—. Hable, se lo ruego.

—Primero, cuando usted investigó los pasos del señor Stone en Tacoma, ¿cómo no supo averiguar que había pasado muchos ratos en mi compañía? De este modo, yo habría podido probar su coartada mucho antes y el señor Stone se hubiera evitado las incomodidades de una temporada en la cárcel y las molestias de un juicio y una publicidad absolutamente indeseables.

—Lo lamento terriblemente, señor Lark. Hasta el más experto puede cometer un error —dijo Shinner con acento de humildad—. Debo serle sincero, mis contactos en Tacoma no supieron o quizá no quisieron informarme de la amistad de Henry Stone con usted. Yo debía haber profundizado algo más, lo admito, pero me di por satisfecho y...

—Tal vez esos contactos actuaron de forma no precisamente desinteresada.

—Lo ignoro. En todo caso, créame, he prescindido de esas personas en lo sucesivo. Simplemente, los he borrado de mi lista de colaboradores.

—Ya —murmuró Lark—. Bien, no hablemos más de ese tema. Pasemos a otro. Por favor, ¿cómo pudo dar unos informes favorables de Fulton Mighser, cuando se sabe que está poco menos que en la ruina?

—En eso se equivoca. Por si no lo sabía, le diré que soy contable y que yo mismo hice una auditoría de sus libros. Lo que encontré en ellos me satisfizo plenamente —respondió el detective.

—¿Examinó sus libros?

—Sí, y están en perfecto orden, puedo asegurárselo. ¿Qué le hace suponer la pésima situación económica de mi cliente?

Lark no contestó directamente a aquella pregunta.

—Señor Shinner, cuando se hace una auditoría contable, es preciso comprobar las existencias que aparecen en los libros —dijo.

—Oh, pero el señor Mighser no es un comerciante, con mercancías en sus almacenes...

—Es corredor de Bolsa y debe cuidarse de los títulos y acciones de sus clientes. ¿Comprobó usted que esos títulos y acciones están debidamente custodiados en algún Banco? ¿Comprobó en los Bancos los estados referentes a las cuentas corrientes y de otra índole del señor Mighser, comparándolos con los asientos que figuran en los libros?

—Vaya, es usted también entendido en contabilidad, además de leñador —sonrió Shinner.

—Eso no aclara mis dudas.

—No podría haber evitado que, después de mi informe, Mighser cometiera alguna acción indigna —dijo el detective—. En tal caso, me consideraría exento de toda responsabilidad.

—Por supuesto, la responsabilidad sería única y exclusivamente de su cliente —Lark se puso en pie—. No he agotado el tiempo que me concedió tan benévola mente —añadió.

—Para mí ha sido un gran placer haberle recibido y aclarar las dudas que tenía. A propósito, señor Lark; pasado mañana, recibiré a mis amistades, para celebrar mi compromiso matrimonial. Me sentiría muy honrado si accediera a asistir a esa fiesta.

El joven sonrió.

—Haré todos los posibles por felicitarle personalmente —se despidió.

—¿Ha conseguido algo? —preguntó Dickiss, una vez que el joven se hubo acomodado en el asiento posterior de su taxi.

—Sí, una cosa —respondió Lark—. Joe, ¿no ha sentido usted, a veces, la sensación de que está hablando con una persona y que es lo mismo que si hablase con una pared?

—Sí, alguna vez me ha pasado algo parecido... ¿Es Shinner esa pared, jefe?

—Un muro absolutamente impenetrable —respondió Lark.

* * *

—Queridos tíos Fulton y Abigail —dijo Carol aquella misma tarde, minutos después de las seis—, tengo el gusto de presentaros a

un buen amigo mío, Ken Lark. Ken, tía Abigail, tío Fulton...

Lark se inclinó ligeramente para saludar a los parientes de la muchacha. Murmuró unas palabras de cortesía y luego se sentó en una silla que había sido dispuesta en las inmediaciones de una mesa, tras la cual se hallaba sentado un atildado caballero, de pelo canoso y que usaba lentes con montura de oro.

Era Mortimer Ashton, el abogado de Carol. La muchacha ocupó también una silla y agitó una mano.

—Puede empezar, señor Ashton —indicó—. Queridos tíos, mi abogado va a proceder a la lectura de mi testamento, ya firmado y en el que firmarán luego diversos testigos. Me interesa conozcáis su contenido.

—Eres demasiado joven para otorgar testamento, sobrina

—Nunca están de más las precauciones —sonrió Carol—. Por favor, señor Ashton.

—Sí, señorita. —el abogado carraspeó y empezó a recitar—: «Por la presente, yo, Carolyn Mary Tracy, mayor de edad y en pleno uso de mis facultades mentales, hago constar que este es mi testamento...»

Ashton continuó leyendo. Carol legaba toda su fortuna a entidades benéficas, además de algunas mandas a sus sirvientes. Luego, el abogado leyó un párrafo harto contundente:

—«... y además, hago constar la firme voluntad de que, si muriese antes que mis tíos Fulton y Abigail Mighser, ella hermana de mi difunta madre, cualquiera que fuese la causa de mi fallecimiento, ellos no podrán percibir absolutamente ninguna cantidad de dinero, como tampoco recibir el menor objeto de mis bienes. Y para ello se lleve a efecto, siempre en el caso de que muera antes que las personas mencionadas, nombro mi albacea testamentario al señor Kenneth Halliver Lark. Firmado...»

Cuando Ashton terminó la lectura, los rostros de los Mighser estaban completamente blancos.

Impasible, Carol tocó un timbre. Daisy apareció a los pocos momentos.

—¿Señorita?

—Daisy, mis tíos se marchan. Acompáñelos, por favor.

Abigail intentó protestar.

—Sobrina, nosotros no nos merecemos...

—Voy a darte un consejo, tía —respondió la muchacha—. Habéis pasado un mal rato. Podéis ir a tomar una copa en el Black Snake.

Abigail lanzó un gemido y se tambaleó. Su esposo se apresuró a sostenerla.

—Es una marranada sin nombre —dijo rabiosamente.

—Eso es lo que dirán tus clientes, cuando se enteren de que los has dejado sin un céntimo —repuso Carol.

Mighser se puso lívido. Fue a decir algo, pero no tenía fuerzas para hablar. Lark casi sintió compasión de aquella pareja, pero pensó que habían intentado asesinar a Carol. Recibían menos de lo que merecían.

Carol hizo firmar al joven. Lark protestó.

—No me gusta que me hayas nombrado albacea...

—¿Quién mejor que tú? —sonrió ella.

Daisy y la cocinera firmaron también. Luego, Ashton guardó los documentos en la cartera y se marchó, dejándolos solos.

—¿Y ahora, leñador? —suspiró Carol.

—No lo sé. Ya te he contado mi entrevista con Shinner. No me gustaría marcharme de la ciudad, sin haber echado el guante al asesino.

—Ken, después de esto, ya no pueden matarme. Mis tíos no heredarían un centavo...

—Hay abogados capaces de los mayores trucos y que podrían impugnar el testamento. Carol, sinceramente, hasta que no haya descubierto al asesino, no me sentiré tranquilo.

—Eso significa que me tienes cierto afecto —sonrió ella.

—Hombre, no es odio lo que siento hacia ti —respondió Lark.

—Leñador, ¿qué sientes, exactamente?

Unos golpes sonaron en la puerta, evitando a Lark una respuesta embarazosa. Daisy apareció, con una bandeja en la mano.

—Han traído esta carta para usted, señorita.

—Gracias, Daisy.

Carol rasgó el sobre, sacó un gran tarjetón y, a los pocos instantes, lanzó una exclamación de asombro.

—¿Qué te parece? Gregory Shinner me invita pasado mañana, a las ocho de la noche, a la fiesta que da para celebrar su compromiso matrimonial.

—Vaya, es lo mismo que me dijo esta mañana a mí —contestó el joven.

—¿Te invitó?

—Sí, de palabra. Quizá tenga la invitación escrita cuando llegue al hotel...

—¿Asistirás, leñador?

—¿Y tú?

—Podríamos ir juntos.

—¿Resultará conveniente que un simple leñador sea la pareja de una de las muchachas más atractivas de la ciudad?

Carol sonrió radiantemente.

—Estoy segura de que ninguna otra mujer llevará un acompañante tan apuesto como el mío —respondió.

* * *

Conducía Carol y el coche se detuvo ante una verja de hierro, que se abrió automáticamente, apenas la iluminaron los faros del vehículo. Ella franqueó la entrada y la verja se cerró nuevamente a sus espaldas.

De pronto, Lark lanzó una exclamación:

—Para, Carol.

Ella obedeció. Lark saltó ágilmente fuera del coche y miró a su alrededor.

—¿Qué sucede, Ken?

El joven no contestó de inmediato. Habían entrado en un jardín, que no le pareció demasiado bien cuidado. Al otro lado de los arbustos y macizos de flores, divisó una casa, en la que no se veía una sola luz.

Consultó su reloj. Faltaban apenas dos minutos para las ocho de la noche.

—¿No me dices nada? —preguntó ella, impaciente.

—Carol, ¿te parece que este es el ambiente apropiado para una fiesta en la que se va a celebrar una próxima boda?

La muchacha parecía perpleja.

—No hay nadie...

—Debería haber sirvientes por todas partes. Uno, al menos, se ocuparía de los coches que lleguen, para estacionarlos, y otro saldría a recibir a los invitados. El tiempo es magnífico y tendría

que verse un jardín lleno de luces y la casa brillantemente iluminada... pero todo está muerto, prácticamente en sombras...

—Ken, ¿crees que es una encerrona? —preguntó Carol, angustiada.

—Estoy seguro —dijo—. Oh, hemos picado como tontos... Cuando ayer me llamó Orville Hears y me dio los últimos informes, yo debí haber sospechado la verdad...

—Entonces, nos iremos ahora mismo, Ken.

—Aguarda un momento, por favor.

Lark tenía la vista fija en la verja de hierro, que se había vuelto a cerrar. De pronto, divisó algo que le hizo sentirse muy preocupado.

Buscó en las inmediaciones y encontró una rama seca, que lanzó en el acto contra la verja. Se oyó un terrible chasquido y brotaron varios chispazos azulados.

Carol lanzó un grito de terror. Lark comprendió que la verja que rodeaba el recinto estaba electrificada con voltaje de alta tensión.

—Nos han encerrado aquí —murmuró.

Ella abandonó el coche. Vestía un traje largo, muy escotado, y tropezó en la falda, lo que la hizo caer hacia adelante. Lark se apresuró a sostenerla en sus brazos.

—No te preocupes —dijo persuasivamente, mientras la estrechaba contra su pecho—. Saldremos de aquí, te lo garantizo.

Ella alzó los ojos y le miró arrobada.

—Confío en ti, leñador.

Y, en aquel momento, se encendieron algunas luces en el jardín y todas las del interior de la casa. Una voz burlona sonó en alguna parte:

—Pasen, pasen, por favor, y tengan la bondad de acompañarme en la celebración. No de mi matrimonio, claro, pero sí de otro asunto que hoy se va a dar por terminado.

—¿Quién es? —preguntó Carol, muy asustada.

—Greg Shinner —respondió Lark ceñudamente.

CAPÍTULO XII

EL joven pasó un brazo por la cintura de Carol.

—Vamos —dijo—. Quiero enfrentarme con ese tipo. Voy a partirle en dos como le ponga la mano encima...

Se oyó otra carcajada.

—Señor Lark, tenga cuidado —advirtió Shinner—. He preparado varias trampas, todas ellas mortíferas. Descubriría algunas, pero no podrá salvar todos los obstáculos. En uno de ellos tropezará y...

—Ese hombre es un sádico —calificó Carol rabiosamente.

—Voy a divertirme un poco, antes de eliminarles —continuó Shinner—. Por favor, sigan avanzando.

—Aguarda un momento —siseó el joven.

Encontró una rama larga, gruesa como su muñeca, y la blandió un par de veces.

—Servirá —dijo.

—Si hubiese traído el revólver...

—Veníamos a una fiesta, no a enfrentarnos con un asesino.

—Sí, tienes razón.

Avanzaron una docena de pasos. De pronto, Lark divisó una línea brillante que cruzaba el sendero, a un palmo del suelo.

—Quieta, Carol.

Largó el palo y golpeó el alambre de acero. Algo partió de la espesura, silbando oscuramente, y se clavó con terrible fuerza en un árbol que había al otro lado.

Carol lanzó un grito de susto. Lark contempló la lanza con punta de hierro, muy afilada, hincada profundamente en el tronco.

—¡Bravo! —gritó Shinner—. Ha salvado el primer obstáculo.

Sigan, sigan, por favor... Si consiguen llegar a la casa, encontrarán un teléfono y podrán llamar a la policía. Ah, una advertencia, Lark. Pueden hablar conmigo sin necesidad de alzar la voz; he instalado varios micrófonos y le oiré fácilmente.

—Quiere divertirse a costa nuestra, ¿eh? —dijo el joven—. ¿Le ha llevado mucho tiempo preparar el escenario?

—Oh, no, solo he cambiado algunos detalles. Hace algún tiempo, di una fiesta con un concurso. Son las mismas trampas, solo que entonces sonaba un pito, cuando el concursante cometía falta. Ahora, la falta se castiga con la muerte.

—Ken, en la casa hay un teléfono —susurró Carol—. Si conseguimos llegar hasta allí...

El joven asintió. Luego dijo:

—Greg, ¿de qué va disfrazado ahora? ¿De camarero, de militar retirado, de mayordomo, de joven atracador...?

—Voy disfrazado de mí mismo, leñador. Oiga, es una lástima que no le haya conocido antes. Podría haberle contratado para mi agencia...

—No habría aceptado el empleo. Usted está en la ruina, o poco menos.

—¿Qué dice?

—Ya lo ha oído, Shinner. Por eso se dedicó al asesinato de altos vuelos. Tiene una agencia muy acreditada, montada con un gran lujo, montones de empleados... pero eso cuesta dinero y... ¿qué pasa? Los clientes van a sus oficinas, entran allí, ven el derroche de lujo y elegancia y las manadas de empleados, empiezan a pensar en la minuta de honorarios que usted les presentará, se asustan y... Consecuencia, menos clientes y usted en la ruina. Por eso se dedica a matar a la gente, al módico precio de cincuenta mil dólares por cabeza.

La voz de Shinner sonó repentinamente tensa.

—Está muy bien enterado de mis asuntos, leñador.

—No soy tonto, Greg —respondió Lark—. Le diré una cosa: quizá espere, a pesar de todo, cobrar los cincuenta mil dólares que le prometieron los Mighser. No espere tal cosa; ella hizo testamento y ha dispuesto que sus tíos no reciban un solo céntimo.

En alguna parte, Shinner lanzó una obscena maldición.

Lark sonrió, porque el asesino empezaba a ponerse nervioso.

De pronto, vio algo en el suelo y se detuvo.

—Párate, Carol.

Miró a derecha e izquierda. Divisó un banco de jardín y lo levantó con toda facilidad. Luego lo arrojó al suelo.

El banco se hundió. Un hueco cuadrado, de casi dos metros, apareció a la vista de los dos jóvenes.

Lark se asomó. El pozo tenía tres metros de profundidad y el suelo estaba lleno de puntas de acero, de más de veinte centímetros de largo.

—Ha salvado otra trampa —dijo Shinner—. Continúen, por favor. El teléfono está cada vez más cerca.

* * *

Habían llegado ya a la explanada situada ante la casa, de grandes dimensiones y con dos pisos. La planta baja era casi todo cristal. Lark divisó una enorme piscina cubierta y un gimnasio. Al otro lado se veía un gran salón, del cual se podía pasar directamente a la piscina y viceversa. El salón estaba en penumbra, pero había una lámpara enfocada directamente sobre una mesita, a fin de iluminar el teléfono blanco que había encima.

—Mira, el teléfono —exclamó Carol.

—No te impacientes —dijo él.

En el gimnasio del fondo vio varios aparatos para la práctica de distintos deportes. Algo llamó su atención especialmente y tomó nota mental.

Buscó la puerta y la examinó con gran atención. Empujó un poco, pero no ocurrió nada.

—Entra, Carol.

Cruzaron el umbral. En el mismo momento, un líquido negruzco y apestoso, cayó sobre ellos, poniéndolos perdidos. Carol lanzó un grito de rabia.

—Mi pelo, mi traje... Dios mío, qué peste...

Se oyó una burlona carcajada.

—¿Por qué no se dan un baño? En la piscina podrían quitarse la suciedad. Hay toallas en el tocador...

Lark se limpió la cara como pudo. Luego lanzó una mirada al enorme recipiente, lleno de agua hasta unos veinte centímetros del borde.

—Creo que estaré oliendo toda mi vida —se quejó Carol.

—Eso se puede soportar fácilmente —contestó Lark—. Aguarda un momento, por favor.

De un salto, se precipitó en la piscina, sumergiéndose por completo. Pero salió inmediatamente y volvió a poner pie en suelo firme.

Se oyó un ligero zumbido. El suelo de la piscina empezó a cerrarse, para cubrirla y dejar así un espacio despejado, que podía ser utilizado como pista de baile. Cuando faltaban solo unos centímetros para que se unieran las dos mitades, el agua se inflamó súbitamente.

—Había petróleo en la superficie —dijo él—. Si nos hubiéramos lanzado al agua, para quitarnos la suciedad, habríamos perecido indefectiblemente.

—Las llamas no se propagan por debajo del agua —alegó Carol.

—Desde luego, y seguramente, habríamos podido resistir unos momentos sin respirar, pero, al cerrarse la piscina, el fuego habría consumido el oxígeno y, aunque hubiéramos podido sacar la cabeza del agua, habríamos perecido asfixiados.

—Un razonamiento totalmente correcto —dijo Shinner—. Le felicito por su ingenio, leñador. Pero sigan, sigan; el teléfono está cada vez más próximo.

Lark agarró la mano de la muchacha y tiró de ella. Caminando a lo largo del borde de la piscina, llegaron a la zona del gimnasio. Allí, tras un detenido examen, Lark pudo apoderarse del rollo de cuerda que había visto antes.

—¿Y ahora? —preguntó Carol en voz baja.

—Espera un poco, por favor.

—¿Qué, no se atreven a usar el teléfono? —preguntó Shinner.

Lark se puso un dedo en los labios, recomendando silencio. Carol asintió y se preguntó qué pretendía hacer el joven con aquellos metros de cuerda.

* * *

—Están muy callados —observó el asesino momentos más tarde.

—Estamos pensando en la mejor forma de salir de aquí —respondió Lark—. Oiga, Shinner, ¿es cierto que Evers, el primo de Stone, llegó a descubrir su identidad?

—Cierto. Por eso tuve que matarlo. Hombre, no habría faltado más... En lugar de darme él dinero a mí, quería que yo se lo diese, para no denunciarme. ¡Qué frescura! Es que hay tipos que no tienen vergüenza, créanme.

—Sí, hay gente sin sentido de la decencia —convino Lark—, Lo mismo que Solly Pascoe, ¿verdad?

—Me había ayudado a preparar el pasadizo del Black Snake. Cuando se enteró de que Pullock y Carl habían muerto, cobró miedo, pero también quiso explotarme...

—Shinner, resulta que hay mucha gente que conocía su verdadera profesión, ¿verdad?

—No es cierto por completo. Solo lo sospechaban. Pero convenía ser precavido, como puede imaginarse.

—Sí, desde luego.

—Tuve mala suerte con usted —se quejó Shinner—. ¿Cómo se me iba a ocurrir que un vulgar leñador empezase a poner palos entre los radios de mis ruedas?

—En el bosque se aprenden muchas cosas, Greg. ¿Cuánto obtuvo de sus crímenes?

—Bueno, fueron una docena... A cincuenta mil dólares, calcule. Leñador, no puede imaginarse la cantidad de gente que está ansiosa de que muera un pariente rico.

—Como, por ejemplo, el hijo adoptivo de Willoughby. Lo hizo con mucha limpieza; nadie se enteró; ni siquiera se sospechó de usted, a pesar de que se hallaba en el club en aquellos momentos. Es usted terrible con un estilete en la mano, Greg... aunque también le gusta emplear otra clase de armas.

—Cualquier cosa es buena para alcanzar el objetivo —dijo Shinner cínicamente.

—Ya lo hemos visto, señor EQUIS.

—Hay una cosa que siempre me ha intrigado, leñador. ¿Cómo diablos supo que la señora Mighser quería contratar mis servicios?

—En el reservado contiguo hay una grieta en el tabique. Yo estaba allí y escuché toda la conversación. Por eso me enteré, aunque la futura víctima, en un principio, no quería creerme.

—Ahora sé que me decía la verdad —exclamó Carol.

—A usted le iba muy bien su agencia de detectives —continuó el joven—. De este modo, adquiriría informes sobre personas en

dificultades, con parientes muy ricos. Ellos no le buscaban a usted, sino que usted los buscaba a ellos y les proponía deshacerse del pariente adinerado, a cambio de cincuenta mil dólares.

—Si no tuviera que matarle, le cedería mi puesto en la agencia —rio Shinner—. Deduce usted maravillosamente...

—Oh, el sentido común, nada más.

De pronto, Lark hizo una señal a la muchacha. Ella se acercó y escuchó lo que el joven le decía al oído. Asintió cuando él hubo terminado. Lark, entonces, preparó la cuerda.

Lugo se asomó al salón. Con la rama seca que había llevado desde el exterior, se acercó al teléfono y lo empujó fuera de la mesa.

Retrocedió, al mismo tiempo que se agachaba. Sonó una fuerte explosión y el teléfono voló en mil pedazos.

Carol lanzó un grito desgarrador.

—¡Ken, Ken! Oh, Dios mío, está muerto... ¡Shinner, maldito sea! ¡Lo ha matado...!

En alguna parte, sonaron pasos precipitados. Carol se había escondido al otro lado de la entrada al salón.

Shinner apareció en el umbral y dio un par de pasos. De pronto, algo se cerró sobre uno de sus tobillos.

El asesino lanzó una horrible maldición, al darse cuenta de que había caído en una trampa. El lazo que Lark había preparado se hallaba en el suelo y apenas vio que Shinner ponía el pie en el interior del círculo, pegó un terrible tirón, derribándolo instantáneamente al suelo.

Shinner intentó sacar una pistola. Lark le asestó un puntapié en la mano y el arma saltó por los aires.

—Bien, señor asesino, señor Wharton, señor Hays... —dijo el joven, sonriendo satisfecho—. La función ha terminado y solo queda el epílogo: su juicio y la cárcel para siempre.

Lark retenía el otro extremo del lazo. Shinner quiso levantarse, pero el joven dio otro tirón y lo hizo sentarse de nuevo.

Repentinamente, se oyó un fuerte grito de cólera.

—¿La cárcel para siempre? Es demasiado poco para ese miserable...

Lark y Carol se volvieron, sobresaltados. Fulton Mighser apareció, armado de una pistola.

—Me engañaste, maldito hijo de perra —bramó,

enloquecidamente.

El arma detonó repetidas veces. Los estampidos ahogaron los chillidos de terror de Shinner. Perdida la razón por completo, Mighser apretó el gatillo, hasta consumir todas las balas del cargador.

Lark y la muchacha, estupefactos, no tuvieron tiempo de hacer nada. Inmediatamente, Mighser dio media vuelta y echó a correr.

El joven reaccionó muy pronto y se lanzó en persecución del criminal. Pero Mighser le había sacado cierta ventaja y, además, el remalazo de locura ponía fuerza en sus pies.

Mighser alcanzó la verja. Lark adivinó lo que iba a suceder.

—¡No, no lo haga!

Era tarde. Mighser agarró dos barrotes con ambas manos. En el mismo instante, se oyó una serie de atroces estallidos, a la vez que saltaban vivísimos chispazos azulados.

Mighser se contorsionó horriblemente. Quería soltarse, pero le era imposible. Al fin, sus rodillas se doblaron, pero continuaba agarrado a la verja. Su cuerpo, envuelto en chispas azuladas que corrían arriba y abajo siniestramente, continuó agitándose un poco todavía.

Luego, un espantoso hedor a carne quemada se expandió en el ambiente.

Lentamente, el joven regresó a la casa. Carol se hallaba en el exterior.

—No sé cómo pudo entrar mi tío...

—Seguramente, siguió al asesino y se escondió en alguna parte de la casa. Tal vez, incluso, pudo venir en su propio coche; por eso no se enteró de que la valla estaba electrificada. Shinner le había prometido algo que no pudo cumplir; el miedo a su situación y el pánico que sentía a la sola idea de tener que enfrentarse con sus clientes, hicieron el resto.

Ella asintió.

—Puede ser —admitió—. Ken, tendría que buscar un cuarto de baño, para darme siquiera una ducha...

Lark frunció el ceño.

—Aguarda un poco —dijo.

Buscó un cuarto de baño, abrió el grifo e, inmediatamente, dio un salto hacia atrás.

—Merecía morir —dijo rabiosamente, cuando vio caer los chorros de ácido sulfúrico—. Carol, tendrás que bañarte en tu propia casa, ¿entendido?

Ella asintió.

—Hubiera conseguido su objetivo, incluso después de muerto —murmuró.

Se volvió hacia el joven.

—Y ahora, ¿cómo saldremos de aquí?

Lark sonrió.

—Creo que Joe no debe de andar muy lejos con su taxi —respondió.

* * *

Se acomodó en el asiento posterior del taxi y dio una orden al conductor:

—¡Al aeropuerto, Joe!

—¿Qué, ya de vuelta a casa? —dijo Dickiss.

—Así es. Ya han terminado mis vacaciones.

—Han sido muy agitadas, jefe.

—Pero me he divertido un poco. No se puede decir que me haya aburrido, Joe.

—De todos modos, es un género de distracción que no me gusta en absoluto, jefe.

—Esto no ocurre a diario, claro. Joe, le recordaré siempre, créame.

—Gracias, jefe. Yo también me acordaré de usted; se ha portado muy bien conmigo y le echaré de menos.

—Si va un día a Tacoma, no deje de ir a visitarme.

—Se lo prometo.

Cuando llegaron al aeropuerto, Lark puso un sobre en las manos de Dickiss.

—Cómpreles regalos a su mujer y a sus hijos —se despidió.

Dickiss hizo una mueca y sacó un pañuelo.

—No sé... Se me ha metido una mota en el ojo —sorbió ruidosamente.

Lark le dio una palmada en el hombro. Luego, con paso largo y elástico, se encaminó hacia la oficina de pasajes.

El taxista permaneció unos momentos en el mismo lado. Luego

buscó una cabina telefónica.

—¿Señorita Tracy...? Soy Joe, el taxista. Oiga, ¿sabe que el señor Lark se vuelve a Tacoma? ¿Cómo? ¿No se había despedido de usted? Lo siento muchísimo... No, ya no llegará a tomar el mismo avión que él... Perdón, pero no sé su dirección en Tacoma... Oiga, ¿por qué no se lo pregunta a su amigo, el señor Stone?

—Gracias, Joe, me ha dado usted una idea —contestó Carol.

La muchacha marcó otro número a los pocos momentos. Stone contestó enseguida.

—¿Qué dice? ¿No conoce la dirección de Ken en Tacoma? Pero ¿no se la ha dado él? Y no le ha contado toda la verdad, además... Bueno, creo que ya es hora de que lo sepa...

—¿Se trata de algo malo, Henry?

Stone se echó a reír.

—Oh, no, en absoluto. Ken es ahora el presidente y director ejecutivo de la Lark Braxton Lumber Company, una de las más poderosas empresas madereras de la región. El apellido Braxton es de su madre, claro. Pero él empezó su carrera, llevando café y bocadillos a los leñadores, cuando no era más que un crío de pocos años...

—Henry —dijo Carol—, a mí no me importaría que fuese un simple leñador.

—Muy bien, pero no me lo diga a mí; dígaselo a él —aconsejó Stone.

—Sí, muy pronto se lo diré —contestó ella.

* * *

Estaba vigilando la carga de unos troncos gigantescos, cuando, de pronto, sintió que le tocaban en el hombro.

—Leñador, ¿están secos esos troncos?

Lark sonrió, pero no se volvió por el momento.

—Sí, perfectamente secos —respondió.

—Te los compro. Conozco a un artesano, un ebanista que hace maravillas con las buenas maderas. Quiero renovar parte de mi mobiliario, ¿sabes? O, mejor dicho, encargaré que me hagan un equipo de muebles completamente nuevo.

—¿Necesitas eso, Carol?

—Por supuesto. Compraré una casa aquí, tendré que

amueblarla... La casa donde viviré con mi leñador el resto de mis días —declaró ella apasionadamente.

—¡Hum! Eso es tener mucha confianza en el futuro...

—La tengo, leñador. Me salvaste la vida en un montón de ocasiones y tengo que demostrarte mi gratitud al estilo chino.

—Tendré que resignarme —sonrió él.

Y se volvió hacia la muchacha.

—Sabía que vendrías —dijo al abrazarla.

—Entonces, ¿por qué no me avisaste de tu marcha? Habríamos hecho el viaje juntos... Quiero conocer a tus padres, ver tus bosques, quiero que me enseñes el grupo de secoyas...

—Carol, deseaba que te quedases sola unos días, para que reflexionases. No quería un impulso repentino, compréndelo.

—Sí, es cierto, ha sido lo mejor.

Carol contempló maravillada el espectáculo, el aserradero en plena actividad, hombres trabajando por todas partes, gigantescas pilas de troncos y de tablones recién aserrados... y las montañas cubiertas de árboles...

—Quiero quedarme aquí para siempre, a tu lado, leñador —dijo al cabo.

Lark la atrajo hacia su pecho.

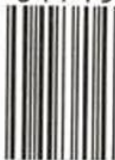
—Puedes estar segura de que jamás tendrás que arrepentirte de tu decisión —afirmó.

FIN



9 788402 025135

01715



**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.



Impreso en España